

**LA HISTORIA DE LA LIBERTAD
DESDE UNA PERSPECTIVA NIETZSCHEANA**

**Autor:
MOISÉS ZAFRA CARRILLO**

**ESCUELA DE FILOSOFÍA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER
BUCARAMANGA
2008**

**LA HISTORIA DE LA LIBERTAD
DESDE UNA PERSPECTIVA NIETZSCHEANA**

Autor:

MOISÉS ZAFRA CARRILLO

Para:

Pedro Antonio García Obando

Como requisito de grado para obtener el título de Filósofo

**ESCUELA DE FILOSOFÍA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER
BUCARAMANGA
2008**

CONTENIDO

Introducción	7
Capítulo 1 Origen Natural de la Libertad	10
Capítulo 2 Libertad de Autodeterminación o Reflexión de la Fuerza	22
Capítulo 3 Transvaloración Moral de la Libertad de la fuerza	34
Capítulo 4 A Manera de Conclusiones	52
Bibliografía	58

TITULO: LA HISTORIA DE LA LIBERTAD DESDE UNA PERSPECTIVA NIETZSCHEANA*

AUTOR: MOISÉS ZAFRA CARRILLO**

PALABRAS CLAVES: LIBERTAD NATURAL, LIBERTAD DE AUTODETERMINACION, LIBERTAD MORAL, INVERSION MORAL Y COCAUSAL.

RESUMEN

Los conceptos que el hombre moderno ha tenido por sustanciales, en genealogía suelen aparecer tan controversiales hasta llegar a su antagonismo. Entre estos conceptos se halla el de libertad, que valida la moral en su acción de juzgar y culpar. Cuando la libertad es sometida a un examen histórico genealógico se puede notar que sufrió paralelamente con la inversión moral básica de los conceptos bueno y malo del noble o señor por bueno y malvado del sacerdote una inversión moral tal que llevo la libertad desde la fuerza en su acción vital a la debilidad de la inactividad de la fuerza vital, llevando con esto a la vida a un estado de sombras y empobrecimiento.

La libertad, que empieza mostrándose y afirmándose como fuerza natural de las constituciones fuertes o poderosamente vitales, que ataca y somete, posteriormente se torna un poder de autodeterminación que se manda a sí misma, en las constituciones nobles y señoriales, al mando, porque hasta allí llega su libertad. La libertad moral que, por provenir de los débiles o impotentes, lucha contra la fuerza natural y las constituciones nobles y señoriales con las argucias del sujeto voluntario someta al hombre a un estado de responsabilidad para culparle y someterle a sus dictámenes morales, con los cuales conduce a la fuerza vital a la inactividad y degeneración. Pero el hombre se ha de liberar de esta clase de libertad moral para ver un nuevo amanecer, inocente y afirmativo de la fuerza vital.

* Proyecto de Grado.

** Facultad de Ciencias Humanas, Programa: Escuela de Filosofía, Director de Escuela: Pedro García Obando

I TITLE: THE HISTORY OF THE FREEDOM FROM A PERSPECTIVE NIETZSCHEANA*

AUTHOR: WICKER CRADLE SUGAR CANE CROP PULLEY **

KEY WORDS: NATURAL FREEDOM, FREEDOM OF SELF-DETERMINATION, MORAL FREEDOM, MORAL INVESTMENT AND COCAUSAL.

SUMMARY

The concepts that the modern man has had for substantial, in genealogy are in the habit of turning out to be so controversial up to coming to his antagonism. Between these concepts that of freedom is situated, that validated the morality in his action to judge and blame. When the freedom is submitted to a historical genealogical examination it is possible to notice that suffered parallel with the moral basic investment of the concepts well and villain of the noble or gentleman for well and wicked of the priest a such moral investment that I take the freedom from the force in his vital action to the weakness of the stagnation of the vital force, leading with this to the life to a condition of shades and impoverishment.

The freedom, which it begins appearing and steadying itself as natural force of the strong or powerfully vital constitutions, which attacks and submits, later there returns a power of self-determination that gets about itself to yes same, in the noble and lordly constitutions, to the control, because up to there his freedom comes. The moral freedom that, for coming from the weak persons or impotent, fights against the natural force and the noble and lordly constitutions against the subtleties of the voluntary subject submits the man to a condition of responsibility to blame him and to submit him to his moral judgments with which he drives by force vita to the stagnation and degeneracy. But the man has to be liberated of this class of moral freedom to see a new dawn, innocently and affirmatively of the vital force.

* Degree Project.

** Humans sciences faculty, Program: Philosophy School, School Director: Pedro Garcia Obando, Mda. Linguistic.

INTRODUCCIÓN

La forma en que Nietzsche hace genealogía, sobre la transvaloración moral básica de los conceptos “bueno y malo” por “bueno y malvado”, abre la puerta para seguir rastreando los otros conceptos que se dan por verdades incuestionables del acervo histórico de la humanidad. Conceptos como *conciencia*, *razón*, *moral* y *libertad*, que son tenidos como elementos definitorios del *ser-hombre*, se tornan más interesantes cuando en genealogía suelen aparecer controversiales, hasta notarse que sufrieron como la inversión moral básica una interpretación tal que modificó su naturaleza, valor, modalidad y uso hasta su antagonismo, aún cuando sigan conservando el mismo término.

En Nietzsche la interpretación genealógica adquiere “un sentido radicalmente nuevo. No se trata sólo de examinar críticamente la verdad o falsedad de unas determinadas proposiciones, sino de desenmascarar ilusiones o autoengaños, es decir, de sospechar de aquello que se nos ofrece como verdadero”¹. Por ello que extienda y profundice la filosofía-genealógica cuando la plantea como “la ansiosa investigación de cuanto hay de extraño y problemático en la vida, de cuanto refuta y ataca la moral”². Este desenmascarar, que va más allá de la “*duda metódica*” de Descartes -quien creyó encontrar la certeza de existencia de la conciencia en el *cogito ergo sum*- sospecha del origen ideal de la conciencia hasta romperle su horizonte moral y encontrarle su revés, pues inflando al hombre de orgullo sobre ella lo ha hecho inconsciente de sí, más cuando se trata de sí misma.

Entre estas *verdades* edificadas por la ‘*conciencia-moral-racional*’ se encuentra su presupuesto fundamental de libertad, que a su vez le ha servido para validar y legitimar su *existencia* y *acción*, de tal forma que para muchos filósofos -hombres de razón y moralidad- es el elemento diferencial del hombre respecto al animal,

¹ NIETZSCHE, Friedrich. La Genealogía de la Moral Alianza Editorial. Madrid, 2005. Pág.15-16.

² NIETZSCHE, Friedrich. Ecce Homo. Edicomunicación S. A. Barcelona. 1999. Pág. 21.

que conformó tanto la persona como la sociedad, pues facultaría para tomar decisiones autónomas diferentes a la mecánica natural e ir en pos de ellas. El hombre, creyéndose distante del animal, en el cual supuso una mecánica simple basada en la activación de dispositivos de fuerzas naturales (instintos o impulsos), estimó tanto la “*diferencia-sustancial*” de la libertad que ésta se volvió un motivo tal de orgullo que se cree irreflexivamente, como Rousseau y algunos liberales, que es la esencia misma del hombre, y si ésta se quita perdería su condición tal ser.

Precisamente, tras esta clase de fundamentos la conciencia-moral-racional hincha el intelecto de orgullo para que éste no atente contra sus presupuestos. Pero esta libertad, que inicia anunciándose como voluntad, albedrío o el poder obrar “bien” o “mal” y se consolida en la moral cristiana extendiéndose como verdad, dando cabida a los conceptos pecado y *mala-conciencia*, acaba siempre por culpabilizar al hombre hasta de su propia naturaleza, pues la *condición moral de posibilidad-de-juzgar* radica en esta *libertad*. Pero una cosa es que existan tales conceptos, otra los sentimientos y creencias que despiertan, y otra muy diferente es que sean ciertos o válidos -como nada de lo moral lo es.

Si esta moral puede culpar es porque “a los seres humanos se los imaginó <<libres>> para que pudieran ser juzgados, para que pudieran ser culpables”³, es por eso que presupone la libertad como el *santo* mecanismos de captura, al grado que “aquel a quien ellos llaman su redentor los arrojó en cadenas”⁴, hasta resultar ser su *Cautivador*, pues pagó sus culpas, que según dicen “*eran impagables*”, y por lo cual están en eterna *deuda* con Él. Así se cae en el opuesto de esclavitud por la libertad. Y esto, de realizar un contrario (*odio*) por medio de su opuesto (“*amor*”), sí que saben los judíos y sus hijos cristianos. Pero, ¿si esta libertad-moral ha servido para la culpabilidad y represión en el hombre habrá que mirar si debe su emergencia, desarrollo y transformación a ello?

³ NIETZSCHE, Friedrich. Crepúsculo de los Ídolos. Alianza Editorial. Madrid. 2001. Pág. 75.

⁴ NIETZSCHE, Friedrich. Así Habló Zaratustra. Alianza Editorial. Madrid. 2006. Pág. 143.

Este estudio de la libertad se efectúa desde estadios naturales, partiendo del principio genealógico que “todos los conceptos de la humanidad primitiva fueron entendidos en su origen de modo grosero, tosco, externo, estrecho, de un modo directo y específicamente no simbólico”⁵, como es de por sí cualquier estadio natural. Seguirá en principios y procedimientos la visión histórico-psicológica crítica de *La Genealogía de la Moral*, complementado con otras obras de Nietzsche para mirar las condiciones de origen, modalidad, uso, desarrollo y transformación de la libertad.

Este ejercicio, de hacer revisión de la libertad como presupuesto fundamental de la conciencia-moral-racional, debe cuidarse de no partir y caer circularmente, como le sucede al hombre moderno, en perspectivas morales vigentes que sesguen el análisis histórico. Esta falta de espíritu histórico-crítico, que Nietzsche reprocha a los genealogistas morales⁶, también es frecuente e insistente en los filósofos en general⁷, y por lo cual siempre hay que tenerle presente.

En el rastreo genealógico de la libertad, este texto, en su primer capítulo, trata de examinar sus condiciones físico-naturales de poder-emergente, para luego en el segundo capítulo pasar a su extrañamiento, donde la fuerza de libertad hace una flexión completa (reflexión) sobre sí misma hasta terminar autodeterminándose, y en el tercer capítulo analizar la transvaloración moral de la libertad, para que, a partir del análisis de estas formas de libertad, al final, pueda darse respuesta a las preguntas sobre el valor histórico de la libertad para la vida: ¿En qué condiciones se inventó el hombre la libertad? ¿Qué valor tiene? ¿Ha frenado o ha estimulado el desarrollo humano? ¿Es un signo de indigencia, de empobrecimiento, de degeneración de la vida? ¿O por el contrario, en ella se manifiesta la plenitud, la fuerza, la voluntad de la vida, su valor, su confianza, su futuro?⁸

⁵ NIETZSCHE, Friedrich. *La Gaya Ciencia*. Editorial Akal. Barcelona. 1998. Pág. 43.

⁶ *Ibid.* Pág.37.

⁷ NIETZSCHE, Friedrich. *Humano Demasiado Humano*. Editores Mexicanos Unidos S. A. México. 2000. Pág. 16-17.

⁸ NIETZSCHE, Friedrich. *La Genealogía de la Moral*. Alianza Editorial. Madrid. 2005. Pág. 24.

CÁPITULO 1

ORIGEN NATURAL DE LA LIBERTAD

*La guerra y el valor han hecho más cosas grandes que el amor al prójimo. No vuestra compasión, sino vuestra valentía es la que ha salvado hasta ahora a quienes se hallaban en peligro*⁹.

Crear, como el mito religioso, que el hombre primitivo desde sus inicios era diferente a cualquier otro animal, porque ya poseía una *conciencia-moral-racional* que lo facultaba de una *libertad original*, con la cual podía discernir por voluntad propia si obraba “bien” o “mal” (aún sin conocer el “mal”), es una necedad que sólo puede sostenerse por la idiosincrasia de la fe, pues naturalmente “el estado consciente es la evolución última y más tardía de la vida orgánica y por consiguiente lo que ésta tiene de más inacabado y precario”¹⁰. ¡Y si así es aún hoy día!; “la gran mayoría carece de conciencia intelectual”¹¹, sin ni siquiera saber el por qué de su actuar y mucho menos las consecuencias, no hay motivo alguno para suponer en aquel entonces una libertad tal.

Antes bien, según Nietzsche, en aquella época “todos los conceptos de la humanidad primitiva fueron entendidos en su origen, de un modo grosero, tosco, externo, estrecho, de un modo directo y específicamente no simbólico”¹², pues se estaba en un *estado natural*, como fue por necesidad de muchos milenios el que

⁹ NIETZSCHE, Friedrich. Así Habló Zaratustra. Alianza Editorial. Madrid. 2006. Pág. 84.

¹⁰ NIETZSCHE, Friedrich La Gaya Ciencia. Editorial Akal. Barcelona. 1998. Pág. 69.

¹¹ Ibid. Pág. 60.

¹² Ibid. Pág.43.

tuvo que atravesar el hombre. En ese *estado natural* todas las cosas, tanto en similitudes como en diferencias, eran solamente físico-corporales (fuerza, tamaño, vitalidad, movilidad) y físico-materiales (recursos, elementos o territorios), las cuales interactuaban en una correspondencia de influencia mutua y directa, y siempre partían y se referenciaban en lo inmediatamente físico presente. Estas similitudes y diferencias muy posteriormente darían emergencia y desarrollo a conceptualizaciones que progresivamente serían cada vez más complejas, pero que en este estadio siempre partían y se referenciaban inmediatamente en lo físico presente.

En el transcurrir de tal período -en el que ni siquiera se daba la conciencia de sí mismo- a partir de las relaciones naturales debieron surgir rústicamente en su instancia, muy primitiva y elemental, algunos conceptos simples e inmediatos (sin que fueran palabras o proposiciones muy elaboradas; como lo es el grito y el chillido) que sirvieran para las relaciones también simples e inmediatas en y con aquel medio natural. Así, parece ser, que los primeros conceptos necesariamente nacieron de lo natural o físico y se referenciaron en lo real e inmediato, sin nada concerniente o trascendente a la especulación, o a algo más allá de lo materialmente presente. Los primeros conceptos que siempre pertenecían a un *aquí* inmediatamente físico o natural eran un *inmediatum* que de ninguna forma estaban mediados por la inexistente *conciencia moral o racional*.

En este transcurrir prehistórico, y específicamente de naturaleza, el hombre -al igual que los otros animales- se desplegaba conforme a sus fuerzas físicas, las cuales se activaban por el poder y espontaneidad de la fuerza natural de sus instintos o impulsos, a la manera de lo que hoy podría llamarse en primera instancia, de forma escueta y muy en conformidad con aquel estado; *libertad natural*, pues todos los conceptos de la humanidad primitiva necesariamente debieron ser entendidos en su origen de ese modo primitivo, escueto, inmediato,

grosero, externo, estrecho y no simbólico¹³, aunque, lógicamente, como palabra o concepto muy definido no existiera (como aún sucede con la libertad).

Esto que se ha llamado *libertad natural* hallaba su lugar y condiciones reales y más propicias, de emergencia y despliegue, en las naturalezas que poseían la fuerza para un mayor ejercicio de espontaneidad contundente, pues su ser-acción era sencillamente el de una actividad de fuerza natural que se desplegaba de modo simple e inmediato en y sobre lo real-físico presente. A partir de esto, la libertad está basada desde su origen sobre la fuerza, en tanto que poder de despliegue espontáneo y contundente, en la que se dio y desarrolló con propiedad en y por el *quantum* del poder de la fuerza de los físicos o naturalezas más vitales, vigorosas o bien constituidas.

Estas fuerzas no hay que tenerlas por libres porque aparecieran tan espontáneamente que no tuvieran conexión causal (a lo Kant), pues provenían especial y causalmente de físicos o naturalezas poderosamente vitales, tales como animales rapaces, feroces, sanguinarios, o simplemente hombres salvajes, fuertes y guerreros, que eran avasalladores, dominadores y sojuzgadores. Hay que tenerlas por libres porque eran unas fuerzas de tal poder que se manifestaban inmediatamente en unas actividades realmente espontáneas y contundentes, que difícilmente hallaban resistencia que imposibilitara su acción realizadora.

Esta potente actividad de despliegue espontáneo y contundente de las naturalezas de hombres vigorosos se daba, como en cualquier otro animal, sin mediaciones de conciencia, pues como se antedijo; “el estado consciente es la evolución última y más tardía de la vida orgánica”¹⁴, suponerlo en los primeros estados del animal-hombre es un error tosco al que tiende el hombre moderno por considerar que no hay hombre sin lo que él llama *conciencia*. Pero allí, donde primó lo natural, la

¹³ Ibid. Pág.43.

¹⁴ Ibid. Pág.69.

libertad no estaba mediada por la conciencia, y mucho menos por una conciencia racional o moral, sino simple y sencillamente brotaba abierta y completamente franca e inocente de las fuerzas de las naturalezas poderosamente vitales para la acción de atacar, subyugar y avasallar.

Por más romántico que se pueda ser, si se valora positivamente este estado como el de la verdadera "*libertad natural*", pues al no existir la sociedad no se estaba "*preso*" de sus mandatos, para no caer en la idealidad por engaño, hay que aceptar también los estallidos de despliegues espontáneos y contundentes de las diversas fuerzas que actuaban natural y abiertamente en él, porque toda acción estaba determinada por las fuerzas que brotaban de la naturaleza, a manera de activaciones de las pulsiones animales. Tratar este estadio, en el que dominó la fuerza de los instintos e impulsos, con términos de conciencia moral o racional, o como hacen algunos, entre ellos Rousseau es el más destacado, con conceptos de justicia natural -que sirve de modelo social-, sería otro sinsentido de la imaginación moderna que quiere extender su ideal de justicia hacia atrás, sin que en estadios naturales haya conciencia social, pactos o ley que les permita semejante extrapolación.

Volviendo a lo anteriormente dicho; en las constituciones poderosamente vitales, donde por las fuerzas-físicas-corporales emergía y se desarrollaba la libertad en su propiedad y características naturales, la fuerza era la condición vital *por excelencia* para lograr las situaciones máximas u óptimas de la supervivencia*. La libertad -dígase de una vez-, era simplemente una afirmación del poder sí mismo por medio de la actuación de la fuerza, y en nada tenía que ver con un renunciamiento de sí mismo, y menos con un renunciamiento de la fuerza, como posteriormente lo iría a plantear la moral del débil o esclavo para entrapar todo

* El término de supervivencia es utilizado para designar las expresiones de la vida en condiciones máximas u óptimas de vitalidad propias del fuerte o poderoso, contraria a la sobrevivencia que son expresiones de conservación en condiciones mínimas de vida, propias de la condición pobre del débil e impotente.

lo poderoso o fuerte, buscando en sus mínimos vitales no desvanecer en su pobre estado sino mantener y extender su sobrevivencia, su estado mínimo vital *par excellence*.

Si en aquel entonces las emergencias de hecho eran físicas o corporales y de manera simple e inmediata, y el concepto de libertad necesariamente estaba asociado a la fuerza, ésta nunca pudo provenir naturalmente de la situación de impotencia o debilidad, o de la posterior condición de esclavitud o servidumbre, porque sencillamente por falta de fuerza a estas situaciones la libertad les está vedada, pues está en evidente contraposición a su hacer. A lo sumo, allí, por subyugación proveniente de la libertad de las fuerzas poderosas, sólo pudo generarse un sentimiento que por padecimientos se resintió contra ella, al grado que se transformó en deseo de liberación (no de libertad) cuando el débil o impotente dedujo por sufrimiento un “esto no está bien”¹⁵, que posteriormente por reacción daría lugar a otra forma de valoración moral desde las características de debilidad e impotencia de la esclavitud o servidumbre, lo cual gestaría, por la inactividad de la fuerza, la transvaloración del concepto de la libertad-de-la-fuerza hacia la libertad-de-la-impotencia o debilidad.

Desde el *pathos de la distancia* de los nobles o poderosos, respecto a los bajos y débiles -que es el resultado situacional que les daba la fuerza-de-libertad de poder desplegarse abierta, espontánea y contundentemente, realizando su naturaleza vital o poder natural, al no encontrar mayor oposición o resistencias en los otros, al estar a sus anchas, como animales salvajes-, “los hombres de posición superior y elevados sentimientos se sintieron y se valoraron a sí mismos y a su obrar como buenos, o sea como algo de primer rango, en contraposición a todo lo bajo, abyecto, vulgar y plebeyo. Partiendo de este *pathos de la distancia* es como se arrogaron el derecho de crear valores, de acuñar nombres de valores”¹⁶, pues la

¹⁵ Ibid. Pág.196.

¹⁶ NIETZSCHE, Friedrich. La Genealogía de la Moral. Alianza Editorial. Madrid. 2005. Pág. 37.

situación, posición y sentimiento que les daba la fuerza lo facilitaba. Igual que valoraron la fuerza como la condición vital por excelencia para su ser-acción de libertad natural, que eran el fruto de realización de ésta, la libertad por ser la expresión de la fuerza noble la sintieron y la valoraron como buena.

Con mucha naturalidad feroz, y como simple consecuencia de la libertad de su fuerza, los físicos poderosamente vitales avanzaron, durante mucho transcurrir de la prehistoria, en el avasallamiento, la dominación, el sojuzgamiento y el señoreamiento sobre el resto de animales y hombres de naturaleza más débil, limitada o impotente –llegando hasta al enfrentamiento de ellos mismos-, por medio de despliegues espontáneos y contundentes, a la manera de un gran festín de cacería de animales salvajes, en el que causar estragos hacía parte inherente de la fiesta del poder, hasta quedar convertido lo natural y anímico en dos clases diferenciadas y relacionadas de forma muy determinada por y en contraposición; los nobles o señores, que eran los guerreros o poderosos ya establecidos, y los esclavos o siervos, que eran los débiles o impotentes.

Después, desde el mismo *pathos de la distancia*, además de diferenciarse, crear nombres y valores, los nobles o poderosos, como punta de lanza, comenzarían el establecimiento de relaciones jerárquicas más permanentes para institucionalizar su superioridad de poder. En este tipo de relación y diferencia, también empezaría a establecerse entre nobles y esclavos, *por fuerza* de determinación de los primeros, relaciones más permanentes con respecto al servicio y función que deberían prestarle los segundos. Todos estos establecimientos relacionales serían el fundamento para que posteriormente empezase a constituirse la sociedad.

Al avanzar estas relaciones jerárquicas, y a su vez las aglomeraciones humanas, por poder de concentración y mando de los señores-nobles, éstos, como “una horda cualquiera de rubios animales de presa, una raza de conquistadores y de

señores, que organizados para la guerra, y dotados de la fuerza de organizar, coloca sin escrúpulo alguno sus terribles zarpas sobre una población tal vez tremendamente superior en número, pero todavía informe, todavía errabunda. Así es como, en efecto, se inicia en la tierra el Estado¹⁷. En estos gérmenes de sociedad-Estado, lo cual fue producto de la fuerza, la libertad seguía abiertamente situada en el poder del noble o señor, como un acto contundente del *quantum* de su fuerza determinante.

La libertad de estos fuertes o poderosos los mantenía tan tranquilamente sanos, en correspondencia con la afirmación de su acción-fuerza, que aún no tenían por qué percatarse negativamente del daño que causaban, y menos responsabilizarse culposamente de los daños causados a sus *víctimas*, pues conservaban tanta inocencia e independencia que para ellos esto era como un juego infantil. Estos hombres eran seres realmente “íntegros, repletos de fuerza y, en consecuencia, necesariamente activos, que no sabían separar la actividad (fuerte) de la felicidad, - en ellos aquélla formaba parte por necesidad, de ésta”¹⁸.

En tal relación entre nobles o señores y esclavos o siervos, que se tornó más permanente, la libertad-de-la-fuerza real o de hecho naturalmente siguió vedada, y ahora por establecimiento, al siervo, y en éste sólo pudo seguir brotando su deseo, a la manera de esperanza, de liberarse de la libertad de los primeros, al igual que siguió resintiéndose contra ésta última. Así pues, esta libertad, porque es proveniente de la fuerza, también tiene una relación permanente, en origen y desarrollo, entre la antítesis “bueno” y “malo” y la antítesis “libre” y “esclavo”, pues en ese entonces en nada implicaba un ejercicio de conciencia-moral-racional, justicia o responsabilidad social –porque estas relaciones eran de tendencia unilateral-, y mucho menos un renunciamiento de la fuerza, pues era sin más, una actividad ofensiva de inocente despliegue afirmativo del poder real del noble, sin

¹⁷ Ibid. Pág. 111.

¹⁸ Ibid. Pág. 52.

temor a represalias por el daño que pudiese causar a los afectados, que como señor de sí mismo y de los demás, y a sus anchas, no tenía porqué percatarse, ni rendir cuentas a otro, que es el caso de su antítesis, el esclavo o siervo.

Esta libertad-de-la-fuerza que era tan real y natural, que su emergencia, desarrollo e implicaciones eran sólo físicas y en nada metafísicas; brotaba abiertamente de la realeza señorial del noble, que aún en el griego “significa etimológicamente alguien que es, que tiene realidad, que es real, que es verdadero”¹⁹, en contraposición a la condición de ser-negación de sí mismo del siervo o esclavo, la cual le es impuesta por el noble o señor, al grado que la mentira, según Cicerón, pasa a ser un defecto característico de los esclavos; *mentiri vitium est servile*²⁰. De ello también que el griego clásico, que se consideraba *libre*, se haya distanciado tanto del esclavo hasta no considerarlo hombre, sino reconocerle solamente, y con mucho desprecio, la categoría sensitiva (del animal), pues ser realmente hombre, en ese entonces, implicaba una fuerza de libertad fáctica o real, y el *factum* y la realidad de esta libertad se daba única y exclusivamente en la potencia de los espíritus de clase noble, de naturaleza fuerte o poderosa, entendiendo espíritu sólo en tanto que ánimo, disposición, iniciativa y fuerza para la acción realizadora, espontánea y contundente de ataque y dominación, y en nada metafísico, como posteriormente lo tendría que hacer la transvaloración del débil.

Haciendo una relación analógica con la imagen de *las águilas y los corderos* (véase *La Genealogía de la Moral*, libro I, numeral 13), esta libertad del fuerte o noble era como el poder de señorío imperial de la naturaleza del águila, quien su fuerza y ferocidad la llevan a actuar de igual forma, con despliegues espontáneos y contundentes, es decir, es una libertad-de-la-fuerza que corresponde al *quantum* del poder de su naturaleza. Así, cada acto de rapaz despliegue del guerrero era

¹⁹ Ibid. Pág. 41.

²⁰ BLANQUEZ FRAILE, Agustino. Diccionario Latino-Español. Español-Latino. Ramón Sopena. Barcelona. 1985 p. 1435.

una fuerza contundentemente afirmativa de la vitalidad de su ser-poder-acción, que era “un querer-dominar, un querer sojuzgar, un querer enseñorearse, una sed de enemigos y de resistencias y de triunfos”²¹.

Esta libertad-de-la-fuerza, “con perfecta seguridad funcional de los instintos inconscientes reguladores o incluso una cierta falta de inteligencia, así por ejemplo el valeroso lanzarse a ciegas, bien sea al peligro, bien sea al enemigo, o aquella entusiasta subitaneidad en la cólera, el amor, el respeto, el agradecimiento y la venganza”²², daba cumplimiento a su quantum de fuerza-libre, sin apelar en nada a la *conciencia-racional-moral*, pues estos seres-de-poder ni siquiera tenían mayor necesidad de calculo, no son “mucho mejores que animales de rapiña dejados sueltos (...). Allí retornan a la inocencia propia de la conciencia de los animales rapaces, cual monstruos que retozan, los cuales dejan acaso tras sí una serie abominable de asesinatos, incendios, violaciones y torturas con igual petulancia y con igual tranquilidad de espíritu que si lo único hecho por ellos fuera una travesura estudiantil”²³.

Y es precisamente esta libertad la que aflora en la Grecia clásica en forma de “*audacia* de las razas nobles, que se manifiesta de manera loca, absurda, repentina, este elemento imprevisible e incluso inverosímil de sus empresas – (en la que) Pericles destaca con elogio la despreocupación de los atenienses-, su indiferencia y su desprecio de la seguridad, del cuerpo, de la vida, del bienestar, su horrible jovialidad y el profundo placer que sienten en destruir, en todas las voluptuosidades del triunfo y de la crueldad – todo esto se concentró, para quienes lo padecían, en la imagen del “bárbaro”, del “enemigo malvado”, por ejemplo el “godo”, el “vándalo”²⁴, pues a la vez que despertaba placer de superioridad en el ejecutor de la acción, en y por el poder de destrucción, también por el daño

²¹ NIETZSCHE, Friedrich. La Genealogía de la Moral. Alianza Editorial. Madrid. 2005. Pág. 59.

²² Ibid. Pág. 52.

²³ Ibid. Pág. 54.

²⁴ Ibid. Pág. 55.

causado despertaba en sus víctimas miedo hasta el terror, más, cuando justamente lo más propio de la fuerza-libre es el estrago.

Aún en el latín, como lengua del imperio romano, se encuentra una clara diferencia en contraposición entre libertad (*libertas*), como situación propia del poder de la nobleza, y servidumbre o esclavitud (*servitus*), como condición propia del esclavo o siervo (*servus*); la situación bastante elevada del noble (*liberalioris*) estaba representada en su alto grado de libertad (*libertas*), la cual conceptualmente proviene de *liber*, que hace referencia a una condición social libre, franca, exenta de cargas, miedos, supersticiones, preocupaciones y angustias. Es el disponer de sí mismo, independiente, sin trabas y subordinaciones, y obrar libre y francamente por propia voluntad, gusto o agrado, y por lo cual su hacer es complaciente, contento, gustoso (*libens*), al grado que el placer, la alegría, el deleite, la voluntad (*libentia*) y la misma felicidad, no pueden alejarse de su actividad fuerte y permanece inseparablemente asociada a ella.

Tanto en lo histórico como en la etimología latina se va a encontrar que lo relativo o referente a libre (*liberalis*) y su felicidad va a estar siempre asociado a la condición noble o señorial del poder de libertad. Igualmente, se comprenderá en la gramática latina que todo lo que se es o hace (*est*) cuando se le adjunta al *ser-acción* (verbo) el adverbio *libere* se le manifiesta explícita y francamente su libertad, sin obstáculos o cortapisas, con espontaneidad e independencia abundante y larga, donde la fuerza se despliega y realiza abierta y contundentemente.

Esta situación de libertad de los nobles o poderosos llegaba a asemejarse en especie, según Cicerón, al tipo de una raza de hombres muy independientes (*liberrimum hominum genus*), en el que el actuar frecuentemente era tan *irracional* o poco calculado (*liber*) que se asociaban al dios-vino (*Baco*), pues confiados de sus fuerzas no tenían necesidad de cálculo. Esta libertad de poder vivir a sus

anchas, de poder obtener lo que deseaban (*libet*), era tal y real, que aún en el concepto latino de *libido*, y su derivado *libidosus*, se conservan sus características de deseo, capricho, arbitrariedad, voluntad, pasión, desenfreno, que identificaban en la realización de la fuerza el placer y la felicidad de la libertad noblemente dionisiaca. Desde esta felicidad de *libertas* el noble o señor consideraba la condición de esclavitud como el último (el peor) de los males, y miraba con dulzura la situación de infelicidad del *servís*²⁵.

Siguiendo en el latín la contraposición del noble o señor respecto del esclavo o siervo (*servus*), este último estaba sujeto por la fuerza de los primeros a la condición de esclavitud o servidumbre (*servitus*) que se le imponía desde la *libertas* del opuesto-exterior del noble o señor (*liberalioris*), y que lo mantenía sometido a obedecer, a acomodarse, a sujetarse, a complacerle (*servio*), hasta consagrarlo exclusivamente al servicio (*servitalis*) de su deseo o capricho. Como se antedijo, en este ser o condición de *servus* no había una fuerza real o de *facto* para que en él surgiera la libertad, sino que por padecimientos de la *libertas* ajena en él emergió por resentimiento el deseo reactivo de liberación (*liberatio*) respecto a la fuerza libre que se ejercía *sobre* él.

Este deseo reactivo de liberación del esclavo o siervo, que por falta de fuerza de despliegue para llevarlo a cabo en la realidad por él mismo, se quedó a manera de esperanza o represalia en una *acción* imaginaria o ideal hasta tanto no apareciera un salvador o liberador (*servator*) que contara con el poder para su realización. Es allí, en esta esperanza, donde halla cabida la imagen del salvador (*servador*), afín al siervo (*servus*), que por su situación de debilidad o impotencia, servilismo o esclavitud, le son naturales estas dependencias externas hacia otro en el que crea que puede hallar posibilidad de liberación*.

²⁵ BLANQUEZ FRAILE, Agustino. Diccionario Latino-Español. Español-Latino. Ramón Sopena. Barcelona. 1985. Pág. 897 - 899).

* Esta necesidad de dependencia al Salvador se manifiesta claramente en lo que los cristianos llaman la segunda venida de su Señor; al tener puestas sus esperanzas de liberación en Él, y al terminar este último.

Es precisamente en la figura del sacerdote, valiéndose de los místicos más populares afines a la debilidad y utilizando sus dotes, donde apareció el *salvador*, que aunque él no tenía la fuerza de despliegue para desarrollar una liberación real o de hecho de manera inmediata, empezó a gestar soterradamente las ideas y los modos que irían a debilitar o enfermar lentamente las fuerzas libres del noble o señor, hasta hacerle preso, al igual que a los *servus*, en las condiciones de debilidad e impotencia de la inactividad de su opuesto²⁶. De ello también se explica, retomando a Nietzsche, que el cristianismo se haya consolidado en las alcantarillas de Roma para enfermar el imperio.

como terminó, ellos, como hacen los malos perdedores, no aceptaron la pérdida y se imaginaron y anunciaron su desquite: la segunda venida de su Señor.

²⁶ Ibid. Pág. 1435-1436.

CÁPITULO 2

LIBERTAD DE AUTODETERMINACIÓN O REFLEXIÓN DE LA FUERZA

“Este hombre liberado, ese señor de la voluntad libre (...), y cómo, este dominio de sí mismo, le está dado también necesariamente el dominio de las circunstancias, de la naturaleza y de todas las criaturas menos fiables, más cortas de voluntad”²⁷.

La libertad vista hasta aquí como *natural* han sido las expresiones de las fuerzas físicas o naturales en su forma primitivamente simple, que brotaban franca, abierta y espontáneamente de la potencia de las constituciones poderosamente vigorosas. En estas naturalezas o físicos bien constituidos, que por sus expresiones de fuerza se sintieron libres al vivir y apreciar su poder, había una conexión directa entre lo físico y lo anímico, que hacía que sus impulsos de dominio se desplegaran natural, inmediata y directamente sobre lo otro para forzarlo hasta determinarlo según su voluntad, deseo o capricho.

Ese querer determinar todo lo otro, según la voluntad, deseo o capricho propio de las naturalezas bien constituidas, debió enfrentarse duramente a la misma *espontaneidad natural* de la misma libertad-de-la-fuerza del estadio natural, en el que esta última emergió y se desarrolló sin conciencia y en forma de una inmediatez simple, inocente y afirmativa de su contundencia, que estaba sujeta únicamente a la espontaneidad de los impulsos de cada momento, los cuales igualmente se activaban por cada circunstancia presente.

²⁷ Ibid. Pág. 77-78.

La *fuerza-libre*, contra la que no tenían ningún miramiento, que se sentía y apreciaba en estas constituciones como buena -porque además del estado de inconciencia en el que se vivía, era la condición necesaria *par excellence* para permitir la maximización de la vida o vitalidad-, ahora quiere grabar sus determinaciones, y para ello además de luchar contra la *espontaneidad natural* de sí también debió enfrentarse a una de las fuerzas más activas hasta entonces; la *capacidad de olvido*, la fuerza más dominante y activa en el animal-hombre cuando se encontraba en sus primeras instancias, más cuando éste ni siquiera se había hecho a una memoria que le contrarrestara y posibilitará gravar el recuerdo. Esta es una lucha que se da, y hay que verla tanto en el interior como en el exterior del hombre, en el periodo más prolongado de toda su prehistoria, y gran parte de su historia.

Con el pasar del tiempo las fuerzas de estas naturalezas poderosamente vigorosas, con sus permanentes despliegues, siguieron extendiendo su señorío y determinación sobre el resto de la humanidad que estaba por debajo de su rango o poder, hasta quedar claramente establecidos los dos tipos antagónicos de hombres; los nobles o señores (fuertes o poderosos) y los esclavos o siervos (débiles o impotentes). Estos últimos, aunque empezaban a ser muchedumbre o pueblo, conocieron su primera instancia como servidumbre. Este origen explica satisfactoriamente la conexión permanente que ha existido entre pueblo y servidumbre o, para usar términos más originales, esclavitud.

En este transcurrir, el poder de la fuerza-de-libertad-determinante de los nobles o señores respecto a los siervos o esclavos abre con violencia las puertas históricas para entrar en la conformación de lo que sería propiamente una sociedad - Estado. Esto ocurre cuando la "raza de conquistadores y de señores, que organizados para la guerra, y dotados de la fuerza de organizar, coloca sin escrúpulo alguno sus terribles zarpas sobre una población tal vez tremendamente

superior en número, pero todavía informe, todavía errabunda. Así es como, en efecto, se inicia en la tierra el Estado”²⁸; como la institucionalización de los derechos que trae consigo la superioridad de fuerza que poseían los nobles y señores.

Para Nietzsche la sociedad, en su forma del “<<Estado>> más antiguo apareció, en consecuencia, como una horrible tiranía, como una maquinaria trituradora y desconsiderada, y continuó trabajando de ese modo hasta que aquella materia bruta hecha de pueblo y de semianimal no sólo acabó por quedar bien amasada y maleable, sino por *tener* también una *forma*”²⁹. El Estado no provendría de un contrato, como lo creerían algunos liberales y Rousseau, pues para que éste se dé primero debería haber unas condiciones racionales y sociales para acordarlo, y mucho más, una gran fuerza, en términos hobbesianos un monstruo o leviatán, para garantizar su posterior cumplimiento. Esa posición moderna para explicar la fundación del Estado estaría planteando un supuesto Estado previo a la fundación del mismo, lo que no lleva a ninguna parte.

Y es que aún en el paso de la prehistoria a la historia en el animal-hombre ni siquiera había necesidad de contratos o estaban dadas las mínimas condiciones de relación para el pacto o trato de acuerdos, y menos para el posterior cumplimiento contractual, y esto no se podía lograr rápidamente, por pura ‘*decisión*’, cuando se viene de un periodo tan prolongado donde reinaba la *capacidad de olvido y la espontaneidad natural* brotaba libremente, al igual que la fuerza. Sobre esta última también se debe considerar que en un estado natural –y aún de inicio social- “quien puede mandar, quien por naturaleza es <<señor>>, quien aparece despótico en obras y gestos -¡qué tiene él que ver con contratos!”³⁰, pues el no tiene necesidad de contratar porque se impone y obliga, pues su obrar

²⁸ NIETZSCHE, Friedrich. La Genealogía de la Moral. Alianza Editorial. Madrid. 2005. Pág.111.

²⁹ Ibid. Pág.111.

³⁰ Ibid. Pág.111.

sólo está determinado abiertamente por la potencia de sus impulsos, caprichos o carácter propio.

Además, como en el hombre prehistórico primaba con toda su fuerza la *espontaneidad natural* y la *activa capacidad de olvido* (las cuales aún parece ser que conservan los animales, y hasta el mismo animal-hombre), éste último no era regular, calculable o ajustado a la regla, imposibilitándosele cualquier relación contractual en los inicios históricos. Así que para establecer en propiedad las condiciones de posibilidad de la relación contractual y su posterior cumplimiento, al hombre le era necesario volverse un animal con memoria, que pudiera contrarrestar la *capacidad de olvido* y la *espontaneidad natural* por medio de gravar la mente con recuerdos fijos. Para ello debió trabajar fuertemente, a sangre y dolor, durante mucho tiempo.

En ese traslape, de la prehistoria a la historia, para llevar a cabo la conformación de la sociedad – Estado, el poder organizador de los nobles o señores, por haberse manifestado con tanta fuerza y extensión, empezó a hacerse tan evidente, al grado que se volvió permanentemente presente a la vista de todos, y más en ellos mismos, pues además de sentirlo y realizarlo, ahora veían las obras de su fuerza-de-poder, que, paradójicamente, la habían extendido a la vez que la habían concentrado. Era un sentimiento pleno de la fuerza que tenían la que empezó a hacerles concientes de su ser-poder, de su hacer-poder, pues su fuerza se había manifestado evidentemente, no sólo en sentimiento sino en acción, sabían quiénes eran y qué podían lograr con el poder de mando que se concentraba en ellos.

Por la acción extensiva de su poder, los nobles y señores aglomeraron gran cantidad de masas humanas a su derredor para su servicio, a las cuales, porque empezaron a aumentar en número y extensión, les requirió precisar y fijar de forma más definitiva y permanente las determinaciones funcionales o sociales en

cada uno de los individuos y grupos respecto a ellos, es decir, la institucionalización de su poder, lo cual de por sí progresivamente se venía realizando con las determinaciones que hacían permanentemente para su servicio las constituciones más fuertes o poderosas sobre las constituciones más débiles o impotentes. Con este ejercicio de institucionalización de la función o servicio en la mente de los débiles o impotentes, o de grabarla, los nobles y señores también venían simultánea y progresivamente sabiendo aún más de su fuerza-de-poder-de-mando-determinante.

El hacer al hombre gravable o con memoria para regularlo fue algo que se logró por medio del descomunal trabajo que Nietzsche ha “llamado <<eticidad de la costumbre>> (véase Aurora, págs. 7, 13, 16) –el auténtico trabajo del hombre sobre sí mismo en el más largo período prehistórico, tiene aquí su sentido, su gran justificación, aunque en él residan también tanta dureza, tiranía, estupidez e idiotismo: con la ayuda de la eticidad de la costumbre y de la camisa de fuerza social el hombre fue hecho realmente calculable”³¹, y por medio de él se pudo grabar la mente para que cada quien pudiera recordar sus funciones, lugares y *deberes* en tiempos y espacios. Así también terminó haciéndose en la mente un lugar a la memoria, en la que se pudiera mantener presente para el cumplimiento los compromisos, tratos o contratos.

Históricamente el grabar es un ejercicio del poder-de-la-fuerza, y entre más antiguo lo era así aún más, pues se tenía que luchar contra la *capacidad de olvido* y la *espontaneidad natural*, de ello que también desde tiempos antiquísimos la educación, como una institucionalización del poder, haya utilizado la fuerza. En esta fabricación de la memoria fue necesario la vigorosidad de un gran poder que lograra contrarrestar la fuerte actividad de la *capacidad de olvido* y la *espontaneidad natural*, propias del animal-hombre (véase La Genealogía de la Moral, libro II, numeral 1), hasta que permitiera el paso de imprimir la mente, o

³¹ Ibid. Pág. 77.

más precisamente, hacerle una memoria.

Ese quantum de fuerza que se debió emplear para suspender la *capacidad de olvido y la espontaneidad natural*, hasta lograr determinar la mente por retención e imprimirla, hasta grabarla (memoria), sólo se encontraba en las constituciones realmente nobles y señoriales. El gran poder del noble y señorial, que forzó la mente a que escribiera sus mandatos, luego, por medio de la escritura -que daría paso a la historia- hizo el ejercicio de empezar a plasmar formalmente la institucionalización de su poder.

Cada vez más, a medida que extendían el radio de mando de su poder, la actividad determinante de las constituciones fuertes se seguía activando para seguir regulando y haciendo extensivo también su mandato, para su servicio o placer, en todo lo que estaba en su dominio o jurisdicción. Cuando los nobles y señores extendieron sus dominios, vieron con mayor necesidad el hacer una memoria que definitivamente gravara y respondiera comprometidamente a su mandatos, para que hicieran lo que ellos querían, pues físicamente no podían estar permanentemente presentes o suspendidos sobre todo siervo o esclavo forzándole a fin de dominar sus rústicos, básicos o malogrados instintitos plebeyos, garantizando que en ellos se cumpliera su voluntad o mandato, al igual que luego verían necesario crear y utilizar la escritura para plasmar y diligenciar formalmente su mandato. Allí la escritura original cobra su mayor importancia, llevar el mandato a los confines del dominio, de ello que en los inicios y mediados históricos la escritura haya tenido que ver con la distinción y el ejercicio del poder, tanto del dictamen como del narrar las hazañas de éste. El poder-de-la-fuerza también escribía su ejercicio que hacía la historia.*

* Ahora la plebe considera que se le debe escribir su historia, pero como no tiene poder para escribirse en ella, lo que quiere es que se escriba sobre sus dolores causados por el poder o su monotonía de trivialidades e insignificancias. Ahora la escritura y la lectura no distingue sino que populariza, la plebe se autoescribe.

Esto no fue un ejercicio leve y pasajero, la institucionalización del poder noble y señorial se enfrentó larga y arduamente al problema de la activa *capacidad de olvido y la espontaneidad natural* que había reinado durante el más largo periodo de la humanidad. “Puede imaginarse que este antiquísimo problema no fue resuelto precisamente con respuestas y medios delicados; tal vez no haya, en la entera prehistoria del nombre, nada más terrible y siniestro que su *mnemotécnica*. ‘Para que algo permanezca en la memoria se lo graba a fuego; sólo lo que no cesa de *doler* permanece en la memoria’ –éste es un axioma de la psicología más antigua (por desgracia, también la más prolongada) que ha existido en la tierra”³². Así fue que estas naturalezas fuertes, capaces de infringir gran cantidad de dolor gravoso, desarrollaron técnicas y métodos para inscribir el derecho de su poder e imprimir sus dictámenes en la mente humana.

Sólo las constituciones realmente fuertes, vitales y vigorosas, contaban con el poder necesario para que al manifestarse su poder se les hiciese evidente a sí mismas y supieran el lugar jerárquico y dominante en el que se encontraban por el poder que poseían. Luego, como consecuencia natural (en ese entonces), ese poder lo imprimieron e institucionalizaron por medio del dolor gravoso, hasta forzar la mente de aquellos que les eran débiles o impotentes a que imprimieran sus mandatos o dictámenes de tal forma que parecía natural –lo que llamarían el *derecho natural del más fuerte*-, más cuando la violencia de la fuerza descomunal de los nobles o señores amenazaba el instinto dominante de los débiles o impotentes, el llamado *instinto de conservación*, que más precisamente es un miedo al peligro de todos aquellos que por su debilidad, impotencia o falta de fuerza, no tienen el poder de enfrentar el riesgo de muerte.

En estas relaciones de mando, posteriormente las constituciones que de forma permanente poseían la fuerza que había determinado, además de mucho contexto o ambiente, a los débiles o de menor rango que ellas, con el pasar de sus

³² Ibid. Pág. 79.

acciones van a sentirse y percatarse completamente de la plenitud de su fuerza determinante hasta saber y empezar a ser plenamente *concientes* de su poder de mando, de su situación y condición de mando, y paradójicamente sin que nadie los mande a comprometerse con determinar, pues hasta allí llega su libertad, se van a autodeterminar para mandar, es decir; al sentir, percatar y valorar su fuerza de acción-de-mando-determinante van a recordar y tener siempre presente en sí mismas su situación y condición de poder-de-mando.

Cuando el quantum de fuerza determinante se manifiesta y desarrolla en su gran magnitud de dominio, tanto en lo exterior como en lo interior de estas constituciones poderosamente vigorosas, se les hace evidente, se vuelve un “orgulloso conocimiento del privilegio extraordinario de la responsabilidad, la conciencia de esta extraña libertad, de este poder sobre sí y sobre el destino, se ha grabado en él hasta su más honda profundidad y se ha convertido en instinto dominante: - ¿cómo llamará a este instinto dominante, suponiendo que necesite una palabra para él? Pero no hay ninguna duda: este hombre soberano lo llama su conciencia”³³. El nacimiento de la *conciencia*, como todas las cosas que en principio eran grandes y bellas, también emergió de la fuerza, como el saber de la fuerza determinante o de dominio que se posee tanto de sí como sobre lo demás, y originalmente en nada aludía a algo metafísico o moral.

Gráficamente, este movimiento de flexión completa o reflexión de la fuerza-libre, que empezó determinando su exterior y por cuestiones de su mismo acto autónomo se vuelve sobre sí hasta terminar autodeterminándose y ser conciente de sí para el mando, es un acto extraño y paradójico, pero que viene a explicarse lógicamente desde su mismo *hacer-fuerza-determinante*, pues en Nietzsche “no hay ningún <<ser>> detrás del hacer, del actuar, del devenir; <<el agente>> ha sido ficticiamente añadido al hacer, el hacer es todo”³⁴, la acción es todo Ser o

³³ Ibid. Pág. 79.

³⁴ Ibid. Pág. 59

todo el Ser, o en términos más simples, Uno es su Acción, si es fuerza-determinante se es a su vez determinación para ello, y en esta situación la conciencia no sería más que el ser conciente (saber) de su poder-de-acción-determinante.

En esta conciencia de la fuerza y la institucionalización formal de las relaciones jerárquicas que ella misma ha determinado, ya de forma permanente, las cuestiones del poder con su respectivo despliegue espontáneo y contundente del noble o señor -lo que en primera instancia en el capítulo anterior se llamó escuetamente *libertad natural*-, se va a volver mucho más fino y elaborado, y menos evidente su expresión, pues por medio del poder conciente de determinación de las naturalezas más poderosas y vigorosas, la fuerza determinante de las mejores constituciones pasa de tratar tan sólo el despliegue determinante hacia lo *ajeno* o exterior, según su capricho y arbitrariedad, y por flexión completa (reflexión) se vuelve también sobre sí misma en la constitución vigorosa de donde parte con conocimiento determinante para, en este caso, autodeterminarse, para mandarse a sí misma.

Así es como en este movimiento reflexivo la fuerza llega al más bello grado de libertad-del-poder debido a que se encuentra en el mayor rango de mando-determinante o dominio. El noble o señor pasa a ser acción-conciente e institucionalizador de su mandar y determinar tanto lo otro como de su mando y determinación sobre sí mismo. Conviene hacer énfasis en la diferenciación entre el activo mandar o determinar, que es propio del dominio de esta clase de libertad del noble o poderoso, y el reactivo obedecer o someterse, que es propio de la esclavitud o servidumbre del débil e impotente, los cuales son permanentes características propias de sus formas de valoración antagónicas y las cuales fueron invertidas por la moral servil.

La libertad-de-autodeterminación en el noble o poderoso ahora proviene de un

sentirse, valorarse y afirmarse a sí mismo hasta ser consciente de la fuerza de sí, es un acto de plena autonomía el mandarse a sí mismo, pues él cuenta, en él, con la reflexión de la fuerza-de-libertad para ello, tanto para autodeterminarse como para desplegarse y determinar lo exterior que pretende o que se le opone. Por eso esta forma de la fuerza de poder de auto-determinación, que realiza el mando soberano de las naturalezas nobles o poderosas, paradójicamente al final de proceso de la *eticidad de la costumbre* va a mostrarse, por reflexión, como una de las más sutiles y más bellas formas de la libertad-de-la-fuerza;

“Encontraremos al individuo soberano, al individuo igual tan sólo a sí mismo, al individuo que ha vuelto a liberarse de la eticidad de la costumbre, al individuo autónomo, situado por encima de la eticidad (pues “autónomo” y “ético” se excluyen) en una palabra encontraremos al hombre de la duradera voluntad propia (...) y, en él, una conciencia orgullosa, palpitante en todos sus músculos, de lo que aquí se ha logrado por fin y se ha encarnado en él, una auténtica conciencia de poder y libertad, un sentimiento de plenitud del hombre en cuanto tal. Este hombre liberado, ese señor de la voluntad libre (...), y cómo, este dominio de sí mismo, le está dado también necesariamente el dominio de las circunstancias, de la naturaleza y de todas las criaturas menos fiables, más cortas de voluntad”³⁵.

Esta descripción de la segunda libertad, la libertad-de-la-fuerza, sólo puede partir de la condición y características propias del poder del noble o señor. Aquí vemos al fuerte y poderoso en el mayor grado de nobleza y libertad *par excellence* para lograr la realización máxima de su vitalidad, hasta ser consciente del poder de mando determinante o dominio en todos sus niveles y direcciones, tanto internos como externos, con un ánimo inquebrantable, pues hay poder de voluntad para que paradójicamente en este movimiento reflexivo de la fuerza esta empiece a mandar la voluntad misma, apareciendo algo no experimentado hasta entonces, y que aún cuesta mucho trabajo entender; el *querer querer*, el mandar el querer, la voluntad de mando determinante hasta sobre el mismo querer. Algo, que como el

³⁵ Ibid. Pág. 77-78.

querer se creía que mandaba la voluntad, y más precisamente la acción, en estas raras individualidades pasa a ser mandado; mandan hasta el *mismo querer*.

Sólo en la fuerza o poder noble o señorial se podía dar esta paradoja de libertad; de ser libre cuando él mismo en pleno acto de soberanía se autodetermina o compromete hasta su mismo *querer*, pues la acción de determinarse o comprometerse en él se da por voluntad propia, con toda su fuerza de determinación, en la cual porque él confía, hace confiar a los demás, pues su propio mandar es un obedecer³⁶ *inmediatum*, hasta en él mismo, y estará dispuesto a modificar cualquier cosa, hasta su *querer* mismo, para que no se interponga en el *destino* nada que lleve al incumplimiento de su autodeterminación. Este tipo de soberana autodeterminación es la *máxima expresión vital de la voluntad-de-mando*.

En contraposición de lo que pasa con el fuerte o poderoso, la determinación en el débil o impotente no es propia del esclavo o siervo sino que proviene original y permanentemente desde la fuerza ajena o exterior opuesta del noble o señor, que es la que le determina y mantiene tal determinación, produciéndole forzosamente la situación de obediencia y las otras características reactivas propias de la esclavitud o servidumbre. Por eso la determinación en el esclavo o siervo, a diferencia de lo que pasa en el noble, no trata en absoluto de autonomía, sino de simple reacción de obediencia o desobediencia, que se activa, o más precisamente se reactiva, cuando la mandan u ordenan. Además, el esclavo o siervo por la misma debilidad o impotencia que le es propia a su ser-acción y los instintos bajos o plebeyos que permanentemente le determinan con la fuerza de su estado animal, éste no establece su exterior y ni siquiera manda sobre su mismo hacer-se.

Por tal condición de debilidad o impotencia del esclavo o siervo para determinarse,

³⁶ NIETZSCHE, Friedrich. Así Habló Zaratustra. Alianza Editorial. Madrid. 2006. Pág. 85.

tanto a él mismo como lo otro, este quedaba nuevamente fuera de esta segunda libertad, libertad-de-la-fuerza-autodeterminante, y por lo cual para un hombre que se sentía y valoraba libre, como lo hacía el griego clásico, era dejado en un grado muy similar al de llana animalidad, pues por el poder de libertad, o más precisamente en este caso, de autodeterminación del noble o señor, el hombre se había hecho, tomado y valorado por algo superior, imponiéndose leyes más severas hasta hacer rupturas con lo que fue su pasado animal o prehistórico, al cual posteriormente miraría con desprecio. El hombre-libre “tiene, por eso, odio contra los grados que han quedado más próximos a la animalidad; por esta razón debe explicarse el antiguo desprecio al esclavo, como a ser que no es aún hombre, como a una cosa”³⁷.

De la paradójica fuerza de libertad de determinarse a sí mismo o autodeterminarse del noble o señor, es donde posteriormente la transvaloración moral va a encontrar un lugar para pedirle a estas constituciones que se despojen de su acción-fuerza, pues por necesidad, al no poder combatirle directamente, creen, y quieren hacer creer, con persuasiones engañosas por la idealidad metafísica, que si la fuerza es tal debe tener el poder para modificarse hasta su contrario, y modificarse allí sólo implica el dejar de ser-acción-fuerza y su voluntad de mando para entrar “*voluntaria*” y obedientemente a la debilidad de la moral del esclavo. Esto es lo que hará la transvaloración moral de la libertad.

³⁷ NIETZSCHE, Friedrich. *Humano Demasiado Humano*. Editores Mexicanos Unidos S. A. México. 2000. Pág. 54.

CÁPITULO 3

TRANSVALORACIÓN MORAL DE LA LIBERTAD DE LA FUERZA

Hoy día ya no tenemos compasión alguna con el concepto de <<voluntad libre>>: sabemos demasiado bien lo que es –la más desacreditada artimaña de teólogos que existe, destinada a hacer <<responsable>> a la humanidad en el sentido de los teólogos, es decir, a *hacerla dependiente de ellos...*³⁸

Se culpa porque se cree que toda acción realizada fue decidida por un sujeto de voluntad libre, que podría obrar o no, obrar “bien” u obrar “mal”. A pesar que el juzgar humano ha avanzado sobre este supuesto de libertad moral algunos sistemas penales conservan como excepción *la actuación bajo presión*, la cual exime la culpa porque supone que esta libertad estaría impedida. Pero los estudios minuciosos sobre el actuar comprenden que esta excepción es *la evidencia de la regla*, que las diferentes fuerzas externas e internas; obligaciones, deberes, estímulos, instintos, pulsiones, etc., siempre marcan o presionan el actuar de forma determinante, y que la suposición de libertad moral se da cuando se desconocen estas fuerzas como determinantes o causales. De ahí que en la defensa del ‘*culpable*’, donde se mostró su autoría, la tarea sea demostrar que no actuó *libremente*, que no pudo haber actuado de otra forma.

En un análisis genealógico, la forma de *juzgar* por imputación basada en la libertad moral; que “el reo merece la pena *porque* habría podido actuar de otro

³⁸ NIETZSCHE, Friedrich. Crepúsculo de los ídolos. Editorial Alianza. Madrid. 2001. Pág. 74.

modo es de hecho una forma alcanzada muy tardíamente, más aún, una forma refinada de juzgar y razonar humanos; quien la sitúa en los comienzos, yerra toscamente sobre la psicología de la humanidad más antigua³⁹, pues como se ha visto; allí “todos los conceptos de la humanidad primitiva fueron entendidos en su origen de un modo grosero, tosco, externo, estrecho, de un modo directo y específicamente no simbólico”⁴⁰, en ella todo se referenciaba inmediatamente en lo físico presente.

Para juzgar por la idea de libertad moral, la libertad-de-la-fuerza debió sufrir la inversión sacerdotal que la sacó del ámbito del poder-de-la-fuerza de las naturalezas más vitales y contundentes, donde era afirmativa e igualmente inocente, para llevarla, en la figura de alma o sujeto voluntario, a la impotencia y pasividad del plano metafísico, donde anidan las naturalezas débiles y enfermas, en la cual la fuerza se torna antagónica (negativa y culpabilizadora) con su propio poder-de-acción.

Como para la misma moral la noción de libertad le es *condición de posibilidad de existencia* para su acción-sustancial de culpar, la *conciencia moral*, para seguir responsabilizando al hombre de su acción-fuerza, no mira en detalle el origen del actuar humano. Habrá entonces que hacer igualmente el ejercicio de analizar detenidamente la transvaloración moral de la libertad; de dónde viene y cómo opera, para al final poder dar respuesta sobre su valor, tanto para la moral que la invierte como para la vida en su expresión propia de vitalidad.

Si la *libertad natural* se dio en la fuerza, como acción de despliegue espontáneo y contundente de las constituciones poderosamente vitales, florecientes y desbordantes, que se ejercitaban e incrementaban en la actividad de guerra, de contienda, de aventura, de imposición y de forzar determinaciones, aún cuando

³⁹ NIETZSCHE, Friedrich. La Genealogía de la Moral. Alianza Editorial. Madrid. 2005. Pág. 82.

⁴⁰ NIETZSCHE, Friedrich. La Gaya Ciencia. Barcelona. 1998. Pág. 43.

esta fuerza se volvió sobre sí en la segunda libertad para autodeterminarse, la contraposición para la génesis de su inversión debió estar en la debilidad o impotencia de las constituciones débiles, enfermas, pobres y en permanente consumación, que no podían ejercitarse o desplegarse en una actividad fuerte, y mucho menos incrementarse, sino que a lo sumo, sólo por artimañas, pretendían defenderse de la fuerza libre amenazante para poder conservarse o desvanecerse lentamente en el reposo, la quietud o la paz afín a su estado, y si es posible su paraíso de la *Nada*, negativizando la fuerza-libre y sus expresiones de espontaneidad contundente.

Además, a esta situación de debilidad e impotencia, que llevaba al siervo o esclavo a la condición de subyugación y dependencia, por imposibilidad de acción, la realidad o fácticidad de la libertad desde su origen le está definitivamente vedada. Pero es esta misma situación la que le da las condiciones de posibilidad al siervo o esclavo para que por *afección* de la acción-fuerza del poderoso aparezca en él un sentimiento *reactivo-negativo* que hace que se resienta, no de su debilidad, sino de los padecimientos o daños causados por la fuerza-libre del opuesto. A la vez que en estos mal constituidos se genera el deseo, no de libertad, o más precisamente fuerza-de-libertad, sino de liberarse de la opresión y daños ocasionados por la libertad del fuerte, empiezan a hacerse a una idea en contraposición a la libertad real del poderoso, que les permita conservar, sin peligro, su estado débil o impotente con sus características de pasividad, tranquilidad y reposo.

Mientras que toda moral noble nace de un triunfante sí dicho a sí mismo, la moral de los esclavos dice no, ya de antemano, a un “fuera”, a un “otro”, a un “no-yo”; y ese no es lo que constituye su acción creadora. Esta inversión de la mirada que establece valores – este necesario dirigirse hacia fuera (...)– forma parte precisamente del resentimiento: para surgir, la moral de los esclavos necesita siempre primero de un mundo opuesto y externo,

*necesita, hablando fisiológicamente, de estímulos exteriores para poder en absoluto actuar, su acción es, de raíz, reacción.*⁴¹

Esta moral de esclavos desde su reacción de resentimiento-nacimiento debe su emergencia y constitución al deseo de liberarse de la acción de la fuerza exterior que se ejercita abierta y contundentemente desde los seres poderosamente vitales sobre los seres débiles o impotentes. Desde su origen es reactiva y negativa contra la contundencia y espontaneidad de la fuerza-libre, un *no frontal*, que con planteamientos de inercia lucha indirecta (pues no puede luchar directamente), pero efectivamente, contra la fuerza, pues bien sabe que la actividad fuerte ejercita el poder. Por eso, que su mayor predicación y método estén dados para despreciar y destruir la actividad de despliegue abierto, contundente y espontáneo que realiza y afirma el poder-de-la-fuerza.

Aunque la emergencia de la inversión de la libertad debe su origen a la debilidad, ésta no se realiza en la simpleza y vulgaridad del siervo o esclavo, pues hace un giro desde la realidad física de la actividad contundente dada en las constituciones fuertes a la inactividad de las ideas metafísicas dadas de las constituciones débiles o impotentes, las cuales se dieron en la profundidad espiritual del sacerdote. Su emergencia es co-causal* y complementaria a la inversión de la valoración “bueno” y “malo” del noble por la valoración moral básica sacerdotal “bueno” y “malvado”, que sin cambiar mucho los términos modifica su concepción, acción y valor de forma antagónica contra el poder-de-la-fuerza a favor de la pasividad-de-la-debilidad.

A partir de la valoración negativa de la *acción-fuerza*, que hace la moral del débil, el concepto contrapuesto a bueno (gut) se modifica de malo (schlecht) a malvado (böse) (véase *La Genealogía de la Moral*, Libro 1, numeral 11), pues ya no se trata

⁴¹ NIETZSCHE, Friedrich. *La Genealogía de la Moral*. Alianza Editorial. Madrid. 2005. Pág. 50.

* Se utiliza el término co-causal para designar causas que para su surgimiento se influyen mutuamente.

del *pathos de la distancia* (donde se valoraba el noble y creaba), sino del reproche por el perjuicio que se padece por la fuerza del contrario. Al avanzar esta valoración ha hecho que la finalidad de la cultura consista en el servilismo, “en sacar del animal rapaz <<hombre>>, mediante la crianza, un *animal manso* y civilizado, un *animal doméstico*, habría que considerar sin ninguna duda que todos aquellos instintos de reacción y resentimiento, con cuyo auxilio se acabó por humillar y dominar a las razas nobles, así como todos sus ideales, han sido los auténticos instrumentos de la cultura”⁴². Esto es lo que el hombre moderno, con el nombre de *humanidad* o *humanización*, ha instaurado y promovido por doquier como su mayor logro.

Progresiva y paralelamente con el paso de la inversión de los conceptos “bueno y malo” del noble por “bueno y malvado” del sacerdote, también se asistió a la inversión de la libertad de la fuerza noble o señorial por la *libertad moral de la debilidad o impotencia esclava o servil*. Los cuidados y atenciones que para su servicio el noble o señor imprimió en el siervo o esclavo, hasta forzarle a ser un animal obediente, esta moral al invertir contra sí la acción-fuerza de despliegue afirmativo, con el fin de debilitarla o neutralizarla por inactividad, también invierte para el noble o señor estos cuidados y atenciones, volviéndole un obediente observador de sus mismas prescripciones, pero ahora moralizadas y negativizadas a su fuerza-de-poder.

Predicando la inactividad de la fuerza esta moral se la pasa anunciando el “¡No hagas esto! ¡Renuncia! ¡Véncete! (...). Con virtudes cuya esencia consiste en la negación y el renunciamiento de sí mismo”⁴³, y más específicamente de la acción-fuerza, con métodos negativos que la lleven a la inercia para que por inactividad produzcan el debilitamiento de esta última. Así protege al débil del despliegue afirmativo y contundente del poderoso para que entren en su reposo, o lo que los

⁴² Ibid. Pág. 56

⁴³ NIETZSCHE, Friedrich *La Gaya Ciencia*. Editorial Akal. Barcelona. 1998. Pág. 224.

judíos y aún los cristianos llaman *sábado*, a la vez que avanza en la historia hasta localizar la libertad en el renunciamiento, vencimiento o irrealización del poder-de-la-fuerza.

Esta inversión moral contra las fuerzas auténticamente libres, que por falta de inteligencia y potencia no gestó y realizó el siervo, la incubó y realizó el sacerdote. Al ver este último que el noble tenía la fuerza, de la que él carecía, y por lo cual no podía enfrentarle directamente, partió con su ejemplo del principio que “la virtud en la moral es para el autodesprecio: (...) Sólo soportaba la vida gracias al pensamiento de que al ver su virtud todo el mundo aplicaría el desprecio a sí mismo”⁴⁴, pero sobre todo le interesaba despertar el desprecio en aquellos que hasta entonces eran afirmativos y orgullosos de su poder. Fue por el mundo predicando “el escepticismo moral de una manera muy impresionante y eficaz: acusando, amargando, destruía en cada cual la creencia en sus ‘virtudes’: barría para siempre de la faz de la tierra a esos hombres virtuosos de los cuales la Antigüedad no había carecido”⁴⁵. Buscaba extender a los poderosos estas ‘virtudes’ para que por autodesprecio su fuerza quedara en desuso, hasta debilitarlos por inactividad y sumarlos a la moral de los siervos y esclavos, los cuales ya de por sí estaban en el autodesprecio y hallaban consuelo en él.

Pero como el noble o señor era tremendamente afirmativo y orgulloso de sí mismo, por la situación de libertad y poder que le daba su fuerza, no conocía el desprecio de sí, y como el sacerdote no tenía el poder para enfrentarle directamente, entonces esta moral del renunciamiento y autodesprecio además de ser insistente debió presentársele enmascaradamente al noble o señor bajo una forma más sutil y afín con él para que persuadiera su ser-poder, una forma que le fuera más propia; la segunda libertad, es decir, su poder de autodeterminación. El renunciamiento de la fuerza de sí mismo lo hace apetecible bajo la forma de

⁴⁴ Ibid. Pág. 174

⁴⁵ Ibid. Pág. 158

'*autodominio*', que invirtiendo los cuidados y atenciones serviles al noble o señor la *libertad* adquiere la forma negativa de un cuidado permanente contra la fuerza, en detrimento de su actividad espontánea y contundente, y su mismo poder de autodeterminación.

Asemejándose a la segunda libertad, que ocurría por el poder de mando del noble o señor sobre sí mismo, esta moral avanza por medio de celoso '*auto-dominio*' que viene de sus preceptos y no de la autodeterminación, tratando de neutralizar e impedir la actividad espontánea y contundente de la fuerza, para que cambiando su acción y destino se neutralice en sí misma y se desvanezca por inactividad. Si la primera libertad era espontaneidad afirmativa de la fuerza natural, la segunda libertad una autodeterminación de la fuerza, la tercera libertad es una imposición moral que les es exterior, y que como celoso '*auto-dominio*' obstruye y niega la fuerza en su acción-realizadora.

En esta moral "la doctrina de la voluntad ha sido inventada esencialmente con la finalidad de castigar, es decir, de querer-encontrar-culpables"⁴⁶ para recluir al hombre en ella. Aunque su tarea primordial era acabar con la libertad-del-poder-de-la-fuerza noble y señorial su objetivo general es recluir en ella al hombre. Es por eso que cualquier cosa con que fuerza empuje al hombre, "le arrastre y le atraiga, le impulse desde afuera o desde adentro -le parecerá siempre a este ser irritable (hombre moralizado) que pone en peligro su dominio sobre sí mismo: ya no le es posible confiarse a ningún instinto, a ningún aletazo libre, sino que constantemente está ahí en actitud defensiva, armado con sí mismo, con mirada alerta y receloso"⁴⁷. Esta moral para poder culpar siempre al hombre, como eficaz mecanismo, lo pone contra su fuerza natural, contra sí mismo, aún en aquellos que no tienen siquiera el poder de autodeterminación, como es el caso de los débiles o impotentes.

⁴⁶ NIETZSCHE, Friedrich Crepúsculo de los Ídolos. Alianza Editorial. Madrid. 2001. Pág. 75.

⁴⁷ Ibid. Pág. 224.

Al sacerdote no poder neutralizar directamente la acción-fuerza de los poderosos (sojuzgar, imperar, someter, dominar) y las fuerzas naturales del hombre (instintos, impulsos, deseos, pulsiones), este celoso *autodominio* aquí no es otra cosa que su pretensión de *negación-plena-y-general* de la acción-fuerza, y tiene como objetivo arremeter contra cualquier hacer espontáneo y contundente de la misma. Valorando negativamente la fuerza natural-física-anímica del hombre, por todo lo que éste es y hará por sí, sin atender sus prescripciones morales, será culpabilizado y juzgado todo su ser-fuerza-acción.

Culpado el hombre, esta moral utiliza la siguiente paradoja como estrategia; si quiere liberarse de la culpa, que tiene de por sí por ser natural, y según ella dice “ser libre”, *debe* negar su ser y someterse completamente al dominio de sus dictámenes. Es decir, no tiene escapatoria la negación de sí mismo para caer preso en ella. Para tal fin, desde su nacimiento, al hombre se le ha condenado por ser natural, por ser él mismo, por ser *hombre*, esto es, y no más, su llamado *pecado original*, del cual si quiere “*librarse*” tiene que ser siervo moral, pues es una moral hecha de y para esclavos,* de ahí tanta negación a la iniciativa, espontaneidad y contundencia de la fuerza, y de la misma naturaleza, hasta enfermar los impulsos de *la autentica voluntad propia*.

Esta negación de la fuerza propició, al igual que debe su desarrollo a ello, “una tremenda *enfermedad de la voluntad* (...). Se encontraron con el “tu debes” exacerbado por enfermedad de la voluntad y que llegaba a tocar los confines de la desesperación, fueron maestros del fanatismo en tiempos de relajación de la voluntad, ofreciendo así a innumerables un apoyo, una nueva posibilidad de volición, un deleite de la volición. Pues el fanatismo es la única <<fuerza de

* El pueblo judío emerge en condición de esclavos, por ello desde su nacimiento tanto sometimiento y negación a la fuerza, con un Dios que se tenían por Amo o Señor, al igual que posteriormente lo va a tener el pueblo cristiano. Contrario al pueblo griego, en el cual los hombres se definían como libres, y sus dioses sólo representaban un nivel superior de su estirpe.

voluntad>> que está al alcance incluso de los débiles y vacilantes”⁴⁸, y que además parece ser que lo necesitan para que por sumatoria se sientan fuertes y se activen ante un mandato que proteja al rebaño de aquellos que por su poder son realmente libres.

La clave de esta moral en su lucha indirecta, pero efectiva, contra las fuerzas poderosas, y para garantizar el sometimiento del hombre en general, radica en despreciar, poner freno y enfermar por inactividad, a manera de virtud de *autodominio*, la iniciativa, la voluntad, la espontaneidad y la contundencia de la fuerza-acción-propia. Para ello, como tarea primordial y *quid* de la estrategia, lo que hizo, explícita o implícitamente, fue validar la idea de un substrato antinatural o metafísico que fuese en detrimento de la acción-fuerza natural o física. Tarea sacerdotal que tiene su mayor realización en Platón, con la ‘*separación*’ y prioridad del *alma* con el cuerpo, que retomarían los filósofos sacerdotales para seguir negando las fuerzas desde una conciencia metafísica que se constituye en un *más allá*-ideal para el *más acá*-físico.

Para entender la génesis de este sustrato de voluntad libre hay que volver a la prehistoria del hombre; esta libertad moral y sus filósofos se valen del animismo para el encantamiento, algo más primitivo que la misma religión; la suposición de un espíritu tras cada cosa, ser o acción, como condición de posibilidad de encantamiento, el encantamiento mismo, pues “el culto religioso descansa en las ideas de encantamiento de hombre a hombre, y el encantador es más antiguo que el sacerdote”⁴⁹. En ese tiempo nada se sabe del por qué de los actos, relaciones y leyes naturales, faltando todo concepto de causalidad y desentrañamiento natural, pero queriendo explicar lo físico, todo era mágico. Todas las cosas eran tenidas como productos de espíritus. “Toda la naturaleza es un total de actos de seres concientes, un enorme conjunto de caprichos. No hay lugar a ninguna conclusión

⁴⁸ NIETZSCHE, Friedrich. *La Gaya Ciencia*. Editorial Akal. Barcelona. 1998. Pág. 262.

⁴⁹ NIETZSCHE, Friedrich. *Humano Demasiado Humano*. Editores Mexicanos Unidos S. A. México. 2000. Pág. 106.

sobre que algo sea de tal o cual manera, deba llegar de tal o cual manera”⁵⁰, pero se creía que todo podía determinarse obteniendo el favor del espíritu antepuesto.

Desde este desconocimiento causal a todo ser-acción se le antepone como causa a priori un espíritu, que luego se ubicaría o llamaría en filósofos sacerdotales *alma*, lo cual en ‘*acto-puro de voluntad*’ determinaría cualquier acción. Ese dogma de sustrato metafísico *alma*, generalizado irreflexivamente, juzga “que sólo la voluntad actúa; que el hecho de la volición es algo simple, absolutamente dado, no derivado de nada (...), basta con la sensación de la *voluntad*, no sólo para admitir la causa y el efecto, sino también para creer que comprende su relación (...). La voluntad es para él una fuerza mágica que actúa, la creencia en la voluntad, como causa de efectos, no es otra cosa que la creencia en fuerzas que actúan mágicamente”⁵¹, desconociendo el poder de las fuerzas naturales.

Heredado por la religión y la filosofía, para efectos moralizantes, el presupuesto de espíritu libre o voluntario tras todo ser-acción que tenía el encantamiento es tomado como verdad fundamental para petrificarlo y promoverlo permanentemente por medio del lenguaje en forma de *sujeto*, para luego hacerlo parte del acervo histórico de la humanidad. En este proceso, que va del espíritu místico al sujeto lingüístico, se fundamentan y articulan todos los demás supuestos que servirían a la transvaloración de la libertad natural y de autodeterminación de la fuerza noble o poderosa a la libertad mediata del sustrato metafísico voluntario por el cual se responsabiliza culposamente la fuerza en el hombre y se elogia su debilidad.

En esta tarea de fundamentar desde la metafísica la idealidad de alma-libre, por medio del desprecio de la realidad cuerpo, Platón saca la fuerza, la voluntad y el ánimo de lo físico para atribuírselos total e incondicionalmente al alma, hasta ponerla como causa a priori de la acción-cuerpo, donde este último es cárcel de la

⁵⁰ Ibid. Pág. 102

⁵¹ NIETZSCHE, Friedrich La Gaya Ciencia. Editorial Akal. Barcelona. 1988. Pág. 220-221

primera. Como allí el *ideal-alma*, que luego se llamaría *conciencia*, es la *participe* del mundo '*ideal-real*' se valora como *buena*, en contraposición al físico y sus fuerzas, que como participan del mundo '*aparente-falso*' se valoran como *malos*, y por lo cual *deben* someterse '*incondicionalmente*' al *dominio* del *alma-moral*. De ahí que lleguen planteamientos como los kantianos que quieren que lo físico, natural o material, y en especial sus fuerzas, no intervengan en el juicio, valoración o actuación, sino que todo quede supeditado a priori a la *voluntad de una conciencia (alma) universal de razón pura*, invirtiendo la libertad de la fuerza al dominio del ideal-alma o *conciencia* como campo de *voluntad-ideal- pura*.

Pero, ¿si el móvil de la transvaloración de la libertad natural es el deseo del débil o impotente de liberarse de las acciones dañinas de la espontaneidad y contundencia de la libertad-de-la-fuerza del noble o señor, y no la libertad, este último de qué va a liberarse si no tiene fuerza que le resista o contraponga directamente? De lo mismo que trata de liberarse el esclavo o siervo pero que esta vez se encuentra en su mismo ser-poder-de-la-fuerza, es decir, de su fuerza, de sus impulsos, de sus pulsiones, de su actividad espontánea y contundente, de su poder. Es para eso la estrategia de un alma que manda al debilitamiento por medio de la inactividad de la fuerza de los bien constituidos y hasta del hombre en general.

Para realizar su tarea principal, esta moral *enfermó la fuerza-de-voluntad* por inactividad, afectando el sentir y la valoración positiva de la fuerza por medio del preconcepto negativo de libertad-moral, que conllevaba a los conceptos de responsabilidad y culpa, no sólo en el poderoso sino en el hombre en general, hasta hacerle ver y sentir mal con su mismo ser-acción-fuerza, y sobre todo el hacer-de-la-fuerza o ser-fuerte, por eso antepone tras todo acto la creencia de una *voluntad* '*responsable*' en lo que ella misma se inventó y llamó alma, y posteriormente atribuyó como conciencia, pues por anteponerla y atribuirle los móviles de la acción culpa al ser que la ejecuta como si fuese "malintencionado".

Así pasa la libertad de ser una acción inocente, espontánea, contundente y afirmativa de la fuerza vital a una inactividad contraria, mediada o supeditada al ideal *de alma voluntaria*, que por *provenir* y *quedarse* en la impotencia niega y culpa las fuerzas de la vida.

Como la génesis y la mecánica de la transvaloración moral de la libertad es co-causal y complementaria a la inversión de los conceptos “bueno y malo” del noble o señor por “bueno y malvado” del sacerdote, tanto la raíz del por qué de su emergencia como el de la dinámica de su desarrollo se pueden extraer, relacionar y complementar igualmente con el numeral 13 del libro primero de *La Genealogía de la Moral*, especialmente, con la analogía de *las aves rapaces y los corderos*;

*El que los corderos guarden rencor a las grandes aves rapaces es algo que no puede extrañar: sólo que no hay en esto motivo alguno para tomarle a mal a aquéllas el que arrebatan corderitos. Y cuando los corderitos dicen entre sí “estas aves de rapiña son malvadas; y quien es lo menos posible un ave de rapiña, sino su antítesis, un corderito, - ¿no debería ser bueno?”, nada hay que objetar a este modo de establecer un ideal, excepto que las aves rapaces mirarán hacia abajo con un poco de sorna y tal vez se dirán: <<Nosotras no estamos enfadadas en absoluto con esos buenos corderos, incluso los amamos: no hay nada más sabroso que un tierno cordero>>.*⁵²

De lo anterior puede analizarse que estas ideas morales que por debilidad no se realizaron inmediatamente, volvieron la libertad un ideal metafísico, dejando la valoración “bueno” en la inutilización de la fuerza y lo “malvado” en su actividad. Al igual que puede diferenciarse que por más que el surgimiento del resentimiento en los débiles hacia la fuerza sea normal, o estén dadas las condiciones para su emergencia, esto no le da en nada validez a su denuncia y/o propuesta, pues, además de ser dos cosas aparte, estas últimas pueden ser absurdas o antinaturales (esto en nada quiere decir irrealizables, pues por artificios pueden

⁵² NIETZSCHE, Friedrich. *La Genealogía de la Moral*. Alianza Editorial. Madrid. 2005. Pág. 59

lograrse), como es el denunciar y querer cambiar al que tiene una acción libre de fuerza y rapacidad que corresponde a su constitución.

La invitación de este planteamiento; de “exigir de la fortaleza que no sea un querer-dominar, un querer-sojuzgar, un querer-enseñorearse, una sed de enemigos y de resistencias y de triunfos, es tan absurdo como exigir de la debilidad que se exteriorice como fortaleza. Un quantum de fuerza es justo un tal quantum de pulsión, de voluntad, de actividad –más aún, no es nada más que ese mismo pulsionar, ese mismo querer, ese mismo actuar, y, si puede parecer otra cosa, ello se debe tan solo a la seducción del lenguaje (...), el cual entiende y mal entiende que todo hacer está condicionado por un agente, por un “sujeto”.⁵³ Y es precisamente para la aparente superación de este absurdo que la moral se vale de la creencia en el espíritu voluntario o libre, en la figura del sujeto que se anteponía a toda cosa o acción en el periodo del encantamiento y que ahora está como sujeto lingüístico, para que se crea que el sujeto realiza la acción y no que la acción es Todo, lo que los antiguos llamaron Ser.

Siempre se dejará ver que en los débiles predomina como fundamento la creencia que tras toda acción hay ese espíritu libre que la determina, con el fin de abrogarse el derecho de culpar la acción natural-anímica de la fuerza, pues atribuyéndole “*libertad o voluntad moral*” a este sustrato, cuando dan prioridad al ideal-alma sobre la realidad-cuerpo y su actividad, pueden responsabilizarle culposamente todo su ser-poder-acción. Tal creencia en el “*espíritu libre*” se ha generalizado y arraigado tanto que hasta la ciencia natural, al igual que el pueblo, la utiliza para explicar los fenómenos físicos;

La moral del pueblo separa también la fortaleza de las exteriorizaciones de la misma, como si detrás del fuerte hubiera un sustrato indiferente, que fuera dueño de exteriorizar y, también de no exteriorizar fortaleza. Pero el sustrato no existe; no hay ningún “ser”

⁵³ Ibidem.

*detrás del hacer, del actuar, del devenir; “el agente” ha sido ficticiamente añadido al hacer, el hacer es todo. En el fondo el pueblo duplica el hacer; cuando piensa que el rayo lanza un resplandor, esto equivale a un hacer-hacer: el acontecimiento primero lo pone como causa y luego, una vez más, como efecto de aquélla. Los investigadores de la naturaleza no lo hacen mejor cuando dicen “la fuerza mueve, la fuerza causa”.*⁵⁴

Al extenderse por la humanidad está idea de sustrato voluntario es lógico que las “reprimidas y ocultamente encendidas pasiones de la venganza y del odio aprovechen a favor suyo esa creencia e incluso, en el fondo, ninguna otra sostengan con mayor fervor que la de que el *fuerte es libre* de ser débil, y el ave de rapiña libre de ser cordero: con ello conquistan, en efecto, para sí el derecho de imputar al ave de rapiña ser ave de rapiña”⁵⁵. La actividad de la fuerza es menospreciada, ya que además de vérsese ‘*malintencionada*’ se le reprocha el no haber tenido la ‘*fuerza-de-voluntad*’ para dejar de hacer lo que realmente es (acción). Se termina culpando y despreciando la fuerza, mientras la debilidad se presenta engañosamente como un acto fuerte de *voluntad o libertad* que no quiso (porque no puede) operar con fuerza.

Pero, si no se ha aprehendido, o al menos avanzado en la aprehensión, del ser (o sujeto lingüístico) es que se ha planteado mal el concepto, con sus respectivas características, método, o una combinación de esto; al ser lo volvimos sujeto cuando es un hecho. Al tener el hacer no como el ser mismo, sino como un predicado atribuido al sujeto, el *ser* sufre en la formalidad del lenguaje una supuesta –pero permanente– escisión con su acción, dando la impresión que esta última deja de serle íntimamente propia, *necesaria e inherente*. El mismo Ser-Sujeto, aparentando un carácter accidental, provisional o contingente, traslada el espíritu del encantamiento al lenguaje, y éste a su vez sobre toda percepción de mundo. Pero el rayo es la línea eléctrica y a su vez resplandor, este último en el instante hace parte propia, necesaria e inherente de la fuerza de la línea-eléctrica,

⁵⁴ Ibid. Pág. 59-60

⁵⁵ Ibid. Pág. 60

es lo mismo, no se da la partitura entre ser y acción sino que todo se ve como un *factum continuum* e inmediato y completo de la acción-fuerza.

Contra este artificio de dividir la acción, que fundamenta Platón y luego Descartes trata de revivir con el *cogito ergo sum*, Nietzsche, como inversión del platónismo, objeta que “el sustrato no existe; no hay ningún “ser” detrás del hacer, del actuar, del devenir; “el agente” ha sido ficticiamente añadido al hacer, el hacer es todo”⁵⁶. Esto equivale a que el hacer es lo que desde la antigüedad se ha tenido por Ser, que sólo y completamente hay Hacer, y por ello, se es lo que se hace. Aquí no queda la suposición de un sustrato subjetivo o alma determinante de la acción sino sólo un Hacer. Un Hacer que corresponde a la fuerza-de-acción-realizadora, y más precisamente, lo que tiene poder o fuerza de acción realizadora. Al no poder dejar de ser lo que se hace el hacer-se es siempre un hacer a la manera de *factum continuum* e inmediato que se da permanente y completamente.

Todo lo que es, es porque ha llegado a hacer-se, se ha hecho o lo han hecho, pero siempre ha sido un hacer conforme a las fuerzas que lo realizan o lo desarrollan, lo estancan o lo destruyen. Cuando Nietzsche deja a manera de subtítulo en el *Ecce Homo* el “*cómo se llega a ser lo que se es*” señala que el ser es un hacer-se, que es una realización, que lógicamente para que su acción de cumplimiento se realice depende de la fuerza-realizadora que tenga, por eso el verbo activo que utiliza antepuesto como posibilidad de ser es el *llegar*.

Si la fuerza es sólo un hacer-fuerte y la debilidad es sólo un hacer-débil, el que lo fuerte se manifieste como un hacer-débil y lo débil como un hacer fuerte es contrario al hacer, pero es precisamente esto lo que consigue la moral con la estrategia de imputarle a la fuerza auténticamente libre y contundente su Hacer-realizador de la vitalidad, hasta hacerle sentir culpable de su misma acción propia como si fuese *mala y falta de voluntad*, represando su poder-de-acción por

⁵⁶ Ibid. Pág. 59

irrealización, generándole carga y debilita por inactividad, hasta formarle lo que sería la *mala conciencia* .

Esta libertad moral por ser contraria a la libertad-del-poder-de-la-fuerza, también es contraria a la conciencia que se dio en la segunda libertad como saber de su fuerza, en la cual la conciencia era autoconocimiento de su poder-de-fuerza-determinante. En la libertad moral la conciencia viene como un reproche a toda realización del poder-de-la-fuerza, esto último se desconoce, y por represamiento de actividad fuerte la conciencia –obra en su primera instancia de la fuerza noble-, por la misma negatividad de acción-fuerza se torna por inactividad en mala conciencia; hace la reflexión moral de su acción, pues lo propio de la fuerza-libre es el movimiento.

La libertad moral, que aparece disfrazada como voluntad autodeterminante para hacerse apetecible al fuerte, a la vez también le permite al débil creer gozar de la fuerza-de-libertad de los poderosos; pues “la debilidad debe ser mentirosamente transformada en *mérito*”⁵⁷ aparentando ser la virtud de la fuerza-de-voluntad por la cual el no-hacer-fuerza, que es propio de la impotencia, y hasta *el no-hacer de la fuerza*, son mentirosamente actos de voluntad y fortaleza. Por impotencia, como diría Cicerón, “el mentir es un defecto (que para ellos es virtud) propio de esclavos; mentiri vitium est servile”⁵⁸, que se ha generalizado con esta moral. Esa mentira puede verse en algunas aseveraciones de esta moral;

Cuando los oprimidos, los pisoteados se dicen, movidos por la vengativa astucia propia de la impotencia: “¡Seamos distintos de los malvados, es decir, seamos buenos! Y bueno es todo el que no violenta (...), y evita todo lo malvado, y exige poco de la vida, lo mismo que nosotros los pacientes, los humildes, los justos” – esto, escuchado con frialdad y sin ninguna prevención, no significa en realidad más que lo siguiente: “Nosotros los débiles

⁵⁷ Ibid. Pág. 61.

⁵⁸ BLANQUEZ FRAILE, Agustino. Diccionario Latino–Español. Español–Latino. Ramón Sopena. Barcelona. 1985 Pág. 1435.

somos desde luego débiles; conviene que no hagamos nada para lo cual no somos bastante fuertes” – pero esta amarga realidad (...) se ha vestido, gracias a ese arte de falsificación y a esa automendacidad propias de la impotencia, con el esplendor de la virtud renunciadora, callada, expectante, como si la debilidad misma del débil –es decir, su esencia, su obrar, su entera, única, inevitable, indeleble realidad- fuese un logro voluntario , algo querido, elegido, una acción, un mérito.⁵⁹

Esta falsa fortaleza de renunciamiento voluntario contra la exteriorización de la fuerza ha vuelto la libertad igualmente engañosa en contra de la vitalidad, el vigor, el poder y la fuerza de la vida. Así los débiles por “instinto de autoconservación, de autoafirmación, en el que toda mentira suele santificarse, esa especie de hombre *necesita* creer (y predicar) el “sujeto” indiferente, libre para elegir. El sujeto (o hablando de un modo más popular, el *alma*) ha sido hasta ahora en la tierra el mejor dogma, tal vez porque a toda la ingente muchedumbre de los mortales, a los débiles y oprimidos de toda índole, les permitía aquel sublime autoengaño de interpretar la debilidad misma como libertad, interpretar su ser-así-y-así como *mérito*⁶⁰, cubriendo con la lozanía del manto de la vanidad el engaño, los deseos, las pasiones y las emociones humanas bajas, faltas y pobres⁶¹, a la vez que se protegen del poder de los auténticamente libres.

Aceptada y generalizada en el hombre la imputación culposa contra la fuerza, porque se cree tener la libertad moral de hacer o no hacer, de obrar “bien” u obrar “mal”, el alma, como sustrato espiritual, rebela dos funciones finales: La primera es de misticismo metódico; que es la de ‘forzar’, por medio de amenazas de penas terroríficas y eternas, para que el hombre se entregue total e incondicionalmente a alguien que le quite *tremendo castigo*, al *Salvador*; que son los mismos sacerdotes valiéndose de los místicos más populares que han predicado la pobreza o

⁵⁹ NIETZSCHE, Friedrich. La Genealogía de la Moral. Alianza Editorial. Madrid. 2005. Pág. 60

⁶⁰ Ibid. Pág. 61

⁶¹ NIETZSCHE, Friedrich. Humano Demasiado Humano. Editores Mexicanos Unidos S. A. México. 2000. Pág. 76

debilidad en sus diferentes formas, para hacer una moral que envenena la fuerza vital de la vida, pues “¡no supieron amar a su Dios de otro modo que clavando al hombre en la cruz!”⁶².

La otra función del ideal-alma es complacer, psíquica o imaginariamente, el mayor resentimiento acumulado en toda la historia humana, dado por la impotencia de lo débil, bajo y enfermo, en forma de exacerbado odio y venganza contra todo lo fuerte, alto y poderoso. Para ver esto, Nietzsche cita al Santo Doctor de la iglesia Tomás de Aquino; “Los bienaventurados verán en el reino celestial las penas de los condenados, para que su bienaventuranza les satisfaga más”⁶³. Si se agrega que estas penas, en la imaginación, serían *eternamente crueles* (por la naturaleza inmortal del alma), se puede vislumbrar en parte el resentimiento y odio que ha enfermado estas mentes al grado que por impotencia, que conduce al odio exacerbado, han hecho un *Dios Todopoderoso para la venganza* y sólo encuentran alivio, y calman su dolor *de vida*, en este desquiciado *ideal*.

Pero, para bien, un bien que puede tornarse noble y señorial; “hoy día ya no tenemos compasión alguna con el concepto de <<voluntad libre>>: sabemos demasiado bien lo que es –la más desacreditada artimaña de teólogos que existe, destinada a hacer <<responsable>> a la humanidad en el sentido de los teólogos, es decir, a *hacerla dependiente de ellos (...)*⁶⁴. Hoy, a plena luz, estamos recuperando la fuerza-de-libertad, y con ella nuestra inocencia original, cuando le hemos devuelto al sacerdote su regalo.

⁶² NIETZSCHE, Friedrich. Así Habló Zaratustra. Alianza Editorial. Madrid. 2006. Pág. 144.

⁶³ NIETZSCHE, Friedrich. La Genealogía de la Moral. Alianza Editorial. Madrid. 2005. Pág. 64

⁶⁴ NIETZSCHE, Friedrich. Crepúsculo de los ídolos. Editorial Alianza. Madrid. 2001. Pág. 74.

CAPITULO 4

A MANERA DE CONCLUSIONES

A través del transcurrir histórico, visto hasta aquí, se puede dar respuesta, con mayor fundamentación y definición, a las preguntas genealógicas que dieron inicio a este trasegar; *¿En qué condiciones se inventó el hombre la libertad? ¿Qué valor tiene ella misma? ¿Ha frenado o ha estimulado el desarrollo humano? ¿Es un signo de indigencia, de empobrecimiento, de degeneración de la vida? ¿O por el contrario, en ella se manifiesta la plenitud, la fuerza, la voluntad de la vida, su valor, su confianza, su futuro?*⁶⁵

Las condiciones en las que surge la libertad natural, al igual que la libertad de autodeterminación, son propias del poder-de-la-fuerza, tanto físico como anímico respectivamente. La primera libertad brotó del poder-de-la-fuerza que se manifestaba natural y espontáneamente en los contundentes despliegues que correspondían a la fuerza-acción de las constituciones poderosamente vitales, guerreras y nobles, en las cuales era un hacer de carácter ofensivo que realizaba y afirmaba su poder a medida que se extendía inmediatamente. Mientras que la segunda libertad florece cuando ese poder-de-la-fuerza se vuelve sobre sí, en las mismas constituciones poderosamente vitales, guerreras y nobles, para determinarse a mandar tanto en lo externo como en lo interno, hasta llegar a la misma autodeterminación del poder-de-mando. Estas dos libertades de la fuerza surgen para realizar la vida en su expresión propia y máxima de vitalidad.

⁶⁵ *Ibíd.* Pág. 24.

En contraposición, la libertad moral, que nace de la reacción del resentimiento de la condición de debilidad e impotencia cuando se está en situación de padecimiento del poder-de-la-fuerza-libre de las constituciones más vigorosas, generando, por afección, la reacción negativa en contra de la fuerza vital. Es decir, desde su condición de nacimiento la libertad moral es una reacción negativa, un *no rotundo*, contra las expresiones de la fuerza-de-la-vida, y mucho más contra sus expresiones propias de movimiento vital.

El valor de la primera libertad-de-la-fuerza consistió en que potenció la vida natural, en sus formas inmediatas de poder de extensión y de afirmación realizadora; las expresiones de vitalidad de las mejores constituciones, como fieras salvajes que eran en ese entonces, se mostraban de manera simple y contundente a medida que se realizaban en la inmediatez física. El valor de la segunda libertad-de-la-fuerza consistió en posibilitarle a la vida la profundización e institucionalización del poder-de-mando, hasta llegar a la autodeterminación del poder, surgiendo con ello la más bella expresión de la fuerza; una vitalidad de la fuerza autodeterminante que impone su voluntad de mando tanto en lo externo como en lo interno. En esta segunda libertad se forjaron, a fuerza, los grandes pueblos que construyeron imperios. Aún hoy el hombre moderno no puede dejar de mirar con asombro, y algo de incompreensión, esas grandes obras, pues anuncian la gran fuerza realizadora y de poder determinante que debieron tener. Allí la vida mostró su *óptimo vital*, mostraba la plenitud de su fuerza.

En oposición, el valor de la libertad moral para la vida, y más aún para su expresión propia de vitalidad, radica en que partiendo de la debilidad e impotencia sus conceptos y métodos, por medios de artificios idealistas o metafísicos, ha sido contraria y negativa para la vida, pues ha conducido a la fuerza-vital a su culpabilidad y debilitamiento que trae consigo su inactividad. La libertad se ha presupuesto y generalizado en esta moral para culpar o reprochar cualquier acción o poder-de-la-fuerza-libre, se volvió un mecanismo para entrapar la misma

fuerza hasta debilitarla por una culpabilidad que tiende a conducirle a la inactividad. Y para la vida, como en su esencia es una fuerza-vital, un movimiento-vital, el valor de esta libertad moral es totalmente contrario o negativo a la vida misma.

Para contemplar el *aporte o el freno* de la libertad para el desarrollo humano, por la naturaleza del estudio hecho hasta aquí, se entiende el concepto de *desarrollo humano* como la realización de la fuerza-vital, tanto en lo individual como en lo social, y no como la protección de toda clase de vida, como se entiende desde la debilidad e impotencia para amparar sus estados de degeneramiento y reposo, que es donde se ubica el hombre moderno.

Partiendo de lo anterior, la primera y la segunda libertad, la libertad natural y la libertad de fuerza-de-poder-autodeterminante, estimularon el desarrollo humano de la vida en sus expresiones más propias de poder-vital, tanto que los mayores desarrollos de poder del hombre logrados en toda su historia, físico e institucionales respectivamente, fueron las construcciones que hicieron estas dos libertades-de-la-fuerza. La primera libertad, como una espontaneidad natural, afirmaba la naturaleza de la fuerza vital, mientras que la segunda libertad, como una fuerza de autodeterminación social, afirmaba la institucionalización de la fuerza vital.

En contraposición, la libertad moral, como viene de la debilidad e impotencia, se ha originado y desarrollado para ser un obstáculo del progreso de la acción-fuerza-de-la-vida, de su poder-vital o vitalidad, pues con sus presupuestos, conceptos y métodos, ha querido llevar a la fuerza-vital por inactividad a su debilitamiento, negando la realización de la fuerza y ensombreciendo la vida misma con la culpabilidad y la mala conciencia. Entendiendo esta moral el *desarrollo humano* como la protección y extensión de todo lo degenerado y bajo de fuerza ha envenenado lo vida, hasta extender y promover su concepto de

humanidad a la modernidad, haciendo que en la vida pulule todo lo degenerado, débil, enfermo e impotente, es decir, ha afeado la vida.

Lo que ha *significado a la vida* las dos primeras clases de libertad-de-la-fuerza respecto a la libertad moral de la debilidad, desde sus nacimientos y desarrollos, siempre ha estado en contraposición; las primeras fueron signos que mostraron la plenitud de la fuerza-vital, generaron confianza en el hombre y su futuro, pues como dueños de su fuerza-de-poder las constituciones más vigorosas afirmaban con bellas expresiones la vitalidad de la vida; una fuerza que es capaz de mandarse a sí misma, como lo fue la libertad autodeterminante, es el más bello signo de la fuerza-de-poder-de-mando.

La libertad moral o creencia que nuestra voluntad es libre de hacer “bien” o “mal”, es un signo de indigencia, de empobrecimiento, de degeneración de la vida, que por ser contraria a la vitalidad, resultó, y aún resulta, útil y beneficioso para la conservación de lo degenerado o decadente, quien al encontrarla o heredarla contaba con ventajas en la lucha por sí mismos y su prole, tanto para imputarle la culpa a las fuerzas auténticamente libres y poderosas, hasta enfermarlas en su moralidad, como para amparar y promover toda su indigencia, pobreza y degeneración. Es decir, la libertad de esta moral ampara y promueve lo que la vida ha condenado, pero que al no morir y expandirse, está condenando a la vida a que vaya hacia su paraíso de la inactividad o su Nada.

En esta tarea, la transvaloración moral de la libertad ha tratado, por la inactividad que conlleva a la debilidad e impotencia, imposibilitarle a la fuerza su hacer-poder, es decir, debilitar por inactividad las fuerzas-poderosas que realizan la vitalidad de la vida, tanto en lo físico como en lo anímico. Además, vuelve al hombre contra su fuerza o hacer-natural y le reprocha permanentemente cualquier acción de fuerza, hasta natural. Esto ha hecho que la vida se vuelva sombría y pierda progresivamente la realización de su vitalidad. En síntesis; esta libertad moral es

un veneno adormecedor y degenerador de la vida que la empobrece, negándole su acción de crecimiento y fortalecimiento vital.

Como la acción realiza todo, por medio y conforme a la fuerza o poder realizador, y el Hacer es el Todo, ya, y por fin, se puede dar respuesta general y concreta al valor de la libertad para la vida; mientras que la libertad natural y la libertad de autodeterminación son acciones contundentes y afirmativas de la fuerza que realizan la vida en su expresión propia de vitalidad, la libertad moral es un claro atentado contra la fuerza de acción-realizadora-de-la-vida, queriendo siempre obstruir su Hacer, el Hacer de la fuerza que la realiza. Poniendo barreras morales a la fuerza busca imposibilitarle la actividad de despliegue contundente y afirmativo de la fuerza realizadora de la vida por medio de imputarle culposamente a la acción-fuerza la realización de lo que es ella misma; la vida.

Es un atentado claro contra la vida misma, tanto en su naturaleza como en sus expresiones propias de vitalidad. La libertad moral, como nace con el fin de culpar y negar la vitalidad hasta llevarle a la debilidad por inactividad, siempre busca por inactividad, al igual que pasa con los órganos del cuerpo, disminuir la fuerza por medio de la debilidad que trae la quietud; que la fuerza deje de hacer-se, y más precisamente en el acto, de Hacer, pasar de la acción de despliegue contundente y afirmativo de la vida a la inactividad de la debilidad que lleve a su paraíso de la Nada, para eso son todas sus valoraciones morales; para atentar contra la vida misma, contra el Hacer de la fuerza, y mucho más ensañada contra todas las expresiones propias de vitalidad; es el verdugo de la vida.

Para terminar, vale aclarar que; como la antítesis básica de “bueno y malo” por “bueno y malvado”, el transcurrir histórico de la libertad también ha estado asociado a la potencia y dinámica de la fuerza (poder) y a la debilidad de su contrario (impotencia) conforme a la naturaleza de cada constitución, y aunque la transvaloración moral de la libertad se ha generalizado o popularizado, estas formas de libertad, que por método expositivo se presentaron aquí, en este texto,

en simple oposición, se presentan y luchan dura y confusamente, tanto interna como externamente, respondiendo al poder de realización de cada constitución, tanto individual como social.

Pero, aunque los más estén *condenados* por necesidad a la transvaloración moral de la libertad ¡qué importan aquí los más!, si las dos primeras formas de libertad-de-la-fuerza de las naturalezas poderosas y vigorosas son más nobles, elevadas, exclusivas, valiosas e importantes para la vida misma en su expresión propia de vitalidad, e irrumpen en la historia de tal forma que con un estallido de contundencia vuelven a afirmar, justificar y embellecer la vida.

BIBLIOGRAFÍA

BLANQUEZ FRAILE, Agustino. Diccionario Latino–Español. Español–Latino. Ramón Sopena. Barcelona. 1985.

NIETZSCHE, Friedrich. Así Habló Zaratustra. Alianza Editorial. Madrid. 2006.

NIETZSCHE, Friedrich. Crepúsculo de los Ídolos. Alianza Editorial. Madrid. 2001.

NIETZSCHE, Friedrich. Ecce Homo. Edicomunicación S. A. Barcelona. 1999.

NIETZSCHE, Friedrich. Humano Demasiado Humano. Editores Mexicanos Unidos S. A. México. 2000.

NIETZSCHE, Friedrich. La Gaya Ciencia. Editorial Akal. Barcelona. 1998.

NIETZSCHE, Friedrich. La Genealogía de la Moral. Alianza Editorial. Madrid. 2005.